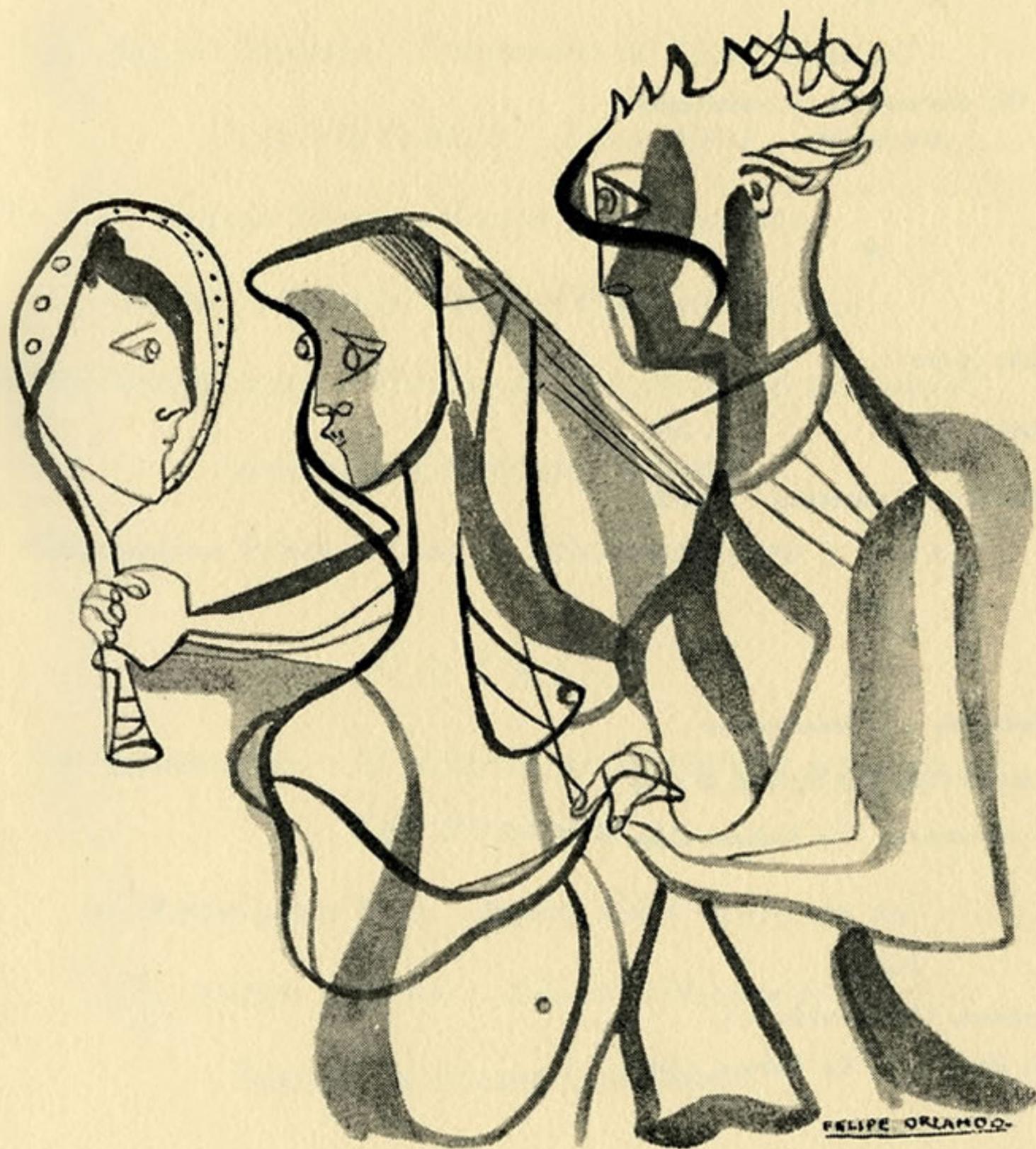
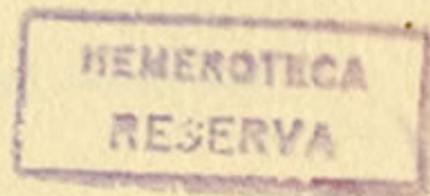


ORIGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA



SUMARIO

- OCTAVIO PAZ: *¿Águila o Sol?*
FRANCISCO AYALA: *El colega desconocido*
LINO NOVÁS CALVO: *A ese lugar donde me llaman*
E. ANDERSON IMBERT: *La muralla*
E. ABREU GÓMEZ: *Fragmento de "Los Abuelos"*
EUGENIO FLORIT: *Agua lejana*
ELISEO DIEGO: *Rostro de la cocinera*
LORENZO GARCÍA VEGA: *Espirales del cuje*
JAVIER SOLOGUREN: *Poemas de "Regalo de lo profundo"*
EDMUNDO DESNOES: *Poemas*
HUMBERTO PIÑERA LLERA: *Existencialismo y Ética*

NOTAS:

- MARÍA ZAMBRANO: *El misterio de la pintura española en Luis Fernández*
JOSÉ RODRÍGUEZ FEO: *André Gide, Icaro sin sol*
E. ABREU GÓMEZ: *Xavier Villaurrutia*

Portada de FELIPE ORLANDO

ORÍGENES

AÑO VIII

LA HABANA, 1951

NÚM. 27

¿Águila o Sol?

MARIPOSA DE OBSIDIANA (*)

Mataron a mis hermanos, a mis hijos, a mis tíos. A la orilla del lago de Texcoco me eché a llorar. Del Peñón subían remolinos de salitre. Me cogieron suavemente y me depositaron en el atrio de la Catedral. Me hice tan pequeña y tan gris que muchos me confundieron con un montoncito de polvo. Sí, yo misma, la madre del pedernal y de la estrella, yo, encinta del rayo, soy ahora pluma azul que abandona el pájaro en la zarza. Bailaba, los pechos en alto y girando, girando, girando hasta quedarme quieta; entonces empezaba a echar hojas, flores, frutos. En mi vientre latía el águila. Yo era la montaña que engendra cuando sueña, la casa del fuego, la olla primordial donde el hombre se cuece y se hace hombre. En la noche de las palabras degolladas mis hermanas y yo, cogidas de la mano, saltamos y cantamos alrededor de la I, única torre en pie del alfabeto arrasado. Aun recuerdo mis canciones:

La luz de garganta dorada
Canta en la verde espesura,
La luz, la luz decapitada.

Nos dijeron: una vereda derecha nunca conduce al invierno. Y ahora las manos me tiemblan, las palabras me cuelgan de la boca. Dame una sillita y un poco de sol.

En otros tiempos cada hora nacía del vaho de mi aliento, bailaba un instante

(*) Mariposa de Obsidiana: Itzpapalotl, diosa mexicana a veces confundida con Teteoinnan, nuestra madre, y Tonatzin. Todas estas divinidades se han fundido en el culto que desde el siglo XVI se profesa a la Virgen de Guadalupe.

(*) Fragmento de "¿Águila o Sol?", libro de próxima publicación.

sobre la punta de mi puñal y desaparecía por la puerta resplandeciente de mi espejito. Yo era el mediodía tatuado y la medianoche desnuda, el pequeño insecto de jade que canta entre las hierbas del amanecer y el zenzontle de barro que convoca a los muertos. Me bañaba en la cascada solar, me bañaba en mí misma, anegada en mi propio resplandor. Yo era el pedernal que rasga la cerrazón nocturna y abre las puertas del chubasco. En el cielo del Sur planté jardines de fuego, jardines de sangre. Sus ramas de coral todavía rozan la frente de los enamorados. Allá el amor es el encuentro en mitad del espacio de dos aerolitos y no esta obstinación de piedras frotándose para arrancarse un beso que chisporrotea.

Cada noche es un párpado que no acaban de atravesar las espinas. Y el día no acaba nunca, no acaba nunca de contarse a sí mismo, roto en monedas de cobre. Estoy cansada de tantas cuentas de piedra desparramadas en el polvo. Estoy cansada de este solitario trunco. Dichoso el alacrán madre, devorado por sus alacrancitos. Dichosa la serpiente, que muda de camisa. Dichosa el agua que se bebe a sí misma. ¿Cuándo acabarán de devorarme estas imágenes? ¿Cuándo acabaré de caer en esos ojos desiertos?

Estoy sola y caída, grano de maíz desprendido de la mazorca del tiempo. Siémbreme entre los fusilados. Naceré del ojo del capitán. Lluévame, asoléame. Mi cuerpo arado por el tuyo ha de volverse un campo donde se siembra uno y se cosecha ciento. Espérame al otro lado del año: me encontrarás como un relámpago tendido a la orilla del otoño. Toca mis pechos de yerba. Besa mi vientre, piedra de sacrificios. En mi ombligo el remolino se aquieta: yo soy el centro fijo que mueve la danza. Arde, cae en mí: soy la fosa de cal viva que cura los huesos de su pesadumbre. Muere en mis labios. Nace en mis ojos. De mi cuerpo brotan imágenes: bebe en esas aguas y recuerda lo que olvidaste al nacer. Yo soy la herida que no cicatriza, la pequeña piedra solar: si me rozas, el mundo se incendia.

Toma mi collar de lágrimas. Te espero en ese lado del tiempo en donde la luz inaugura un reinado dichoso: el pacto de los gemelos enemigos, el agua que escapa entre los dedos y el hielo, petrificado como un rey en su orgullo. Allí abrirás mi cuerpo en dos, para leer las letras de tu destino.

LA HIGUERA

En Mixcoac, pueblo de labios quemados, sólo la higuera señalaba los cambios del año. La higuera, seis meses vestida de un sonoro vestido verde y los otros seis carbonizada ruina del sol de verano.

Encerrado en cuatro muros (al norte, el cristal del no saber, paisaje por inventar; al sur, la memoria cuarteada; al este, el espejo; al oeste, la cal y el canto del silencio) escribía mensajes sin respuesta, destruidos apenas firmados. Adolescencia feroz: el hombre que quiere ser y que ya no cabe en ese cuerpo demasiado estrecho, estrangula el niño que somos. (Todavía, al cabo de los años, el que voy a ser, y que no será nunca, entra a saco en el que fui, arrasa mi estar, lo deshabita, malbarata riquezas, comercia con la Muerte). Pero en ese tiempo la higuera llegaba hasta mi encierro y tocaba insistente los vidrios de la ventana, llamándome. Yo salía y penetraba en su centro: sopor visitado de pájaros, vibraciones de élitros, entrañas de fruto goteando plenitud.

En los días de calma la higuera era una petrificada carabela de jade, balanceándose imperceptiblemente, atada al muro negro, salpicado de verde por la marea de la primavera. Pero si soplaba el viento de marzo, se abría paso entre la luz y las nubes, hinchadas las verdes velas. Yo me trepaba a su punta y mi cabeza sobresalía entre las grandes hojas, picoteada de pájaros, coronada de vaticinios.

¡Leer mi destino en las líneas de la palma de una hoja de higuera! Te prometo luchas y un gran combate solitario contra un ser sin cuerpo. Te prometo una tarde de toros y una cornada y una ovación. Te prometo el coro de los amigos, la caída del tirano y el derrumbe del horizonte. Te prometo el destierro y el desierto, la sed y el rayo que parte en dos la roca: te prometo el chorro de agua. Te prometo la llaga y los labios, un cuerpo y una visión. Te prometo una flotilla navegando por un río turquesa, banderas y un pueblo libre a la orilla. Te prometo unos ojos inmensos, bajo cuya luz has de tenderte, árbol fatigado. Te prometo el hacha y el arado, la espiga y el canto, te prometo grandes nubes, canteras para el ojo, y un mundo por hacer.

Hoy la higuera golpea en mi puerta y me convida. ¿Debo coger el hacha o salir a bailar con esa loca?

D A M A H U A S T E C A

Ronda por las orillas, desnuda, saludable, recién salida del baño, recién nacida de la noche. En su pecho arden joyas arrancadas al verano. Cubre su sexo la hierba lacia, la hierba azul, casi negra, que crece en los bordes del volcán. En su vientre un águila despliega sus alas, dos banderas enemigas se enlazan, reposa el agua. Viene de lejos, del país húmedo. Pocos la han visto. Diré su secreto: de día, es una piedra al lado del camino; de noche, un río que fluye al costado del hombre.

OCTAVIO PAZ

El Colega Desconocido

Maduro en años, grueso de carnes y avezado a los sabores capitosos de la fama literaria, ducho en el arte de componer las dignas actitudes apropiadas a su prestigio creciente, "joven maestro" todavía —pese a sus canas, quizá algo precoces—, pero ya infaliblemente destinado a cosechar todas las glorias, laureles y galardones con que la sociedad suele premiar el mérito acreditado en el ejercicio de las letras (pues él, que desde los comienzos mismos de su carrera había sido saludado como exponente genuino de la nueva generación, pronto vió a su nombre rebasar las fronteras del país para convertirse en uno de los más brillantes del Parnaso americano, y ahora, desde hacía más de un decenio, paladeaba la frecuente satisfacción, no por repetida menos intensa, de leerlo impreso en la tapa de hermosas ediciones, junto a palabras extranjeras que traducían los títulos de sus libros); en fin, cuando ya su personalidad de escritor estaba hecha y su firma consagrada, le sobrevino a Pepe Orozco una experiencia que durante cierto lapso—semanas, y aun meses—amenazó perturbar la feliz, ordenada y fecunda prosecución de su obra, haciéndole vacilar desagradablemente en su seguridad sobre lo bien fundado de aquella tan envidiable posición suya en la vida literaria.

Quizás con este modo de expresarme estoy dando una idea desmesurada del ver-

dadero alcance de la anécdota. Si he dicho que "le sobrevino"—y hubiera podido también decir: "le asaltó"—, es por el carácter inesperado, extravagante, de la ocurrencia, no por su gravedad; gravedad, no tenía ninguna; no tuvo tan siquiera la menor importancia, ni, por supuesto, efectos ulteriores. Fué más bien un suceso trivial, de sesgo resueltamente cómico, cuyas proyecciones todos nosotros nos divertimos en exagerar durante una temporada... Y paso ya a relatarla sin otro preámbulo, tal como me aconteció presenciar los hechos.

Tuvieron éstos lugar—o comienzo, para ser exactos—durante una fiesta de Embajada, donde nos hallábamos un día Pepe y yo y otros amigos, conversando en grupo aparte, pues la verdad es que a casi nadie conocíamos entre los demás invitados y aún no se había llegado a ese punto en que, gracias no sólo tal vez a la familiaridad adquirida con el ambiente, sino al estímulo de alguna bebida oportuna, se renuncia por fin, sin que nadie sepa por qué, a la excesiva, tímida y suspicaz reserva; aguardábamos, digo, todavía ese raro momento, cuando el joven Agregado cultural, que visiblemente se desvivía por cumplir su misión, se nos acercó acompañando a un señor de aspecto agradable, un hombre en la primera parte de la cuarentena, y, después de habérselo presentado, lo abandonó con

cierta precipitación entre nosotros, que, por nuestra parte, habíamos tenido que suspender a su llegada una charla no demasiado interesante ni íntima, pero inapropiada desde luego para un extraño.

Cayó, pues, el recién venido en un pozo de silencio cuyo embarazo buscábamos todos cómo superar. Pero fué el mismo quien tuvo la habilidad y la soltura de hacerlo, dirigiéndose a Orozco, que seguía parado en el centro del grupo.

—Perdón, señor; me parece haber oído —le dijo—que su nombre es José Orozco...— Y como él asintiera con un pequeño y satisfecho movimiento de cabeza, le preguntó en seguida: —¿No será usted quizás hermano del comandante Orozco?

Para desencanto suyo, Orozco respondió que no; pero el interpelante, incrédulo, defraudado y, al parecer, no demasiado dispuesto a resignarse, insistió con desanimada voz, más como quien comprueba y deduce que como quien pregunta:

—Entonces ¿no es usted hijo del general Orozco?

Hace el bastante tiempo que soy amigo de Pepe para que pudiera engañarme sobre el efecto que tales majaderías le habían de producir. Todavía sonriente, respondió, sin embargo, al desconocido:

—Mi padre era abogado...

Y el desconocido, a su vez, atrapado ya en un diálogo para el que había pensado disponer de referencias, asideros y apoya-

turas abundantes que ahora, de pronto, le fallaban, conjeturó por decir algo:

—En tal caso, probablemente usted también será abogado...

Nos miramos unos a otros, los amigos, con asombro y escándalo, con estupefacción. ¿Era posible que el nombre de José Orozco nada le dijera a aquel sujeto? O quizás la turbación, el desconcierto... Pero ya Pepe, con divertida bonhomía, acudía a informarlo:

—No, señor, no; yo soy escritor.

Y aquí vino lo bueno: en seguida vimos que el rostro del desconocido se iluminaba de nuevo, y hasta empezaban a brillar sus ojos oscuros tras de los severos vidrios de sus lentes.

—¿Escritor?—exclamaba con alborozo, para declarar luego: —¡Formidable! También yo soy escritor.

La cara de Orozco, en la que habían estado latiendo casi imperceptiblemente algunos tendones, se redondeó con esto, jocunda, en una expresión de maliciosa sorpresa; los ojos se le perdían en ella, ahora, como dos pequeñas heridas frescas. Cualquiera podía advertir, yo advertía con leve alarma, la tentación de risa retorzándole en el cuerpo. Acudí, intervino; dije:

—¡Caramba! Aquí, por lo que se ve, todos somos escritores. Qué suerte. Y usted, señor mío, ¿qué es lo que escribe? ¿tiene algo publicado?

Lo inesperado, de nuevo: me respondió que sí, que varios libros: prosa y verso.

Su sencilla declaración provocó un silencio. Pero yo volví a la carga:

—¿Me permite, señor (y perdone), que le pregunte su nombre? No pude oírlo bien cuando nos presentaron...

—Con el mayor gusto—me contesta; e inclinándose un poco: —Alberto Stéfani, para servirlo... ¿Así que también usted escribe?—me preguntó ahora a mí.

Otra vez cambiamos, el grupo de amigos, una mirada entre nosotros. No sabíamos cómo tomar aquello. Por lo pronto, el nombre de semejante autor: Alberto Stéfani (y autor, tan luego, de varios libros: prosa y verso) nos resultaba en absoluto nuevo. Y, en seguida, el hombre va y pregunta—¡a mí, que cotidianamente hago gemir las prensas!—si yo también escribo... Parecía broma, y sólo en broma podía tomarse. Lo tomamos, en efecto, a chirigota, dejando que nuestras ojeadas chispeantes de mal disimulada burla estallaran en comentarios jocosos y risas tan pronto como el pintoresco sujeto nos liberó de su presencia y volvimos a hallarnos solos. Precisamente era Pepe Orozco quien más parecía solazarse con el caso cuando, poco rato después, apartados en un saloncito, casi un rincón, ante cuya entrada evolucionaban los invitados a la fiesta, ya numerosos en exceso, nosotros nos entreteníamos en dar ochenta mil vueltas al curioso escritor desconocido que, por su lado, y en justa reciprocidad a nuestra ignorancia, tan cabalmente había demostrado ignorar, no ya nuestras modestas

pero sin duda notorias actividades literarias, sino hasta uno de los nombres más de cuenta, hoy por hoy, en las letras del país y del mundo, como es el de José Orozco, principal blanco, en la ocasión, de nuestras bromas cordiales, que él mismo se complacía en provocar y fomentaba sin cansancio.

A esto se reduce la anécdota. Como bien se advierte, una mera curiosidad amena, un episodio pintoresco, y nada más... Pronto se me hubiera olvidado, a mí como a los demás, si, días más tarde, cuando volví a encontrarme con Pepe, no saliera a colación de nuevo el tema, suscitado por no sé qué alusión fugaz. Me contó Pepe entonces cómo, habiéndose tropezado aquella misma tarde en el portal de la Embajada con el joven Agregado cultural, que también se retiraba de la fiesta, aprovechó la oportunidad para son-sacarlo discretamente acerca del inverosímil personaje y cómo había sido invitado. "¡Qué interesante me ha resultado—le había dicho—conocer a ese escritor, ese señor Stéfano que usted tuvo la bondad de presentarme! A veces, los escritores nos movemos en ambientes tan distintos..." El *attaché* se había ruborizado hasta la raíz de su rubio pelo, explicando con premura que, a su entender, el señor Stéfani había sido invitado por sugestión informal del Ministerio de Educación, al que tal vez se habían pedido algunos nombres, pues—sonrió—las representaciones diplomáticas siempre tienen que considerar... Esta explicación demasiado pro-

lija hizo sospechar a mi amigo que no habían faltado discusiones en la Embajada en torno a la lista de invitados, y le había puesto en deseos de averiguar más sobre la personalidad del Colega Desconocido, como en nuestras chanzas le motejábamos. No me dijo por el momento Orozco, pero me lo confesó más tarde, que había cuidado de procurarse sin tardanza un par de libros, publicados en efecto bajo la firma de Alberto Stéfani.

—Y ¿cómo son?—le interrogué con vehemencia.

—Puedes imaginártelo—rió él. Y su risa expresaba, concentrado, todo el sentido, la espesa vulgaridad, el sentimentalismo huero, la nonada que, después, cuando en su casa pude hojear los dos volúmenes que, sin decir palabra, me puso entre las manos, montó hasta mis narices desde sus páginas en nauseabunda tufarada.

Volvimos a hablar del caso, en ésta y otras ocasiones. Yo aventuré el siguiente sofisma: que nosotros debimos de parecerle al hombre tan absurdos como él nos había parecido a nosotros. No hay duda—razoné—de que él se toma a sí mismo muy en serio como escritor; él había publicado sus libros, como nosotros los nuestros; y nosotros, sin embargo, no teníamos mayor noticia de su persona y obra que la que él tenía de las nuestras. ¿Entonces? ¿Por qué creernos...? Pepe concedió a este mi juicio pirrónico más peso del que yo le atribuía; pues abundó, corroborándolo:

—Y, además, la Embajada lo había invitado en su calidad de escritor, igual que a nosotros.

Estaba algo preocupado, de eso pude darme cuenta; pero sólo más tarde supe hasta qué punto; sólo cuando, pasado el tiempo y disipada aquella nube de perplejidades, él mismo me relató un día la pequeña odisea de sus tanteos, aprensiones y erráticas dudas. Por suerte, no había tardado mucho en recuperar la seguridad de que no cualquier brazo es capaz de tender el arco del gran arte, y pudo contrármelo todo con su habitual humor risueño.

Consistía ese *todo*, simplemente, en el descubrimiento y exploración de un mundo literario subterráneo, o clandestino, por cuyos vericuetos se había dejado ir mi pobre amigo durante algunas semanas, corriendo de hallazgo en hallazgo, de sorpresa en sorpresa, y pasando tramujos de los que ahora se reía con muy buena gana. Ya la presentación de Stéfani, "el colega desconocido", le había permitido entrever ese mundo cuya existencia él ni sospechaba (ninguno la sospechábamos), y que, pasada aquella primera impresión *amusée* que habíamos recibido todos, comenzaría a concretarse ante sus ojos y crecer con pujanza alarmante, como esas conjuraciones que sólo cuando, por fin, se han puesto en movimiento muestran la magnitud imponente de la amenaza incubada a la sombra durante quién sabe el tiempo. Llegó, en efecto, a temer Pepe Orozco por instantes que el mundo secre-

to de la conjuración literaria prevalecería sobre el orden legítimo de las letras y conseguiría abolirlo, disolverlo, anularlo. Para hablar sin metáfora: llegó a sospechar que este orden legítimo, ese conjunto de relaciones, jerarquías, valoraciones, juicios, etc., al que él y nosotros todos pertenecíamos y al que denominábamos como cosa obvia "el mundo de las letras", pudiera ser en verdad el clandestino y subterráneo; y, más que clandestino, quizás un mundo deleznable, nimio, inexistente, ilusorio, espantosamente fantasmal—aunque ¡sí, también clandestino!, pues, de hecho, nuestras relaciones, jerarquías, valoraciones, juicios, etc., permanecían ignorados fuera del breve ámbito de nuestras *coterías*, mientras que todo un grande y compacto público respaldaba y seguía con entusiasmo, en el ancho mundo, la producción de esos otros escritores que si nosotros desconocíamos era más por desprecio que por verdadera ignorancia. Pues ¿cómo, nosotros, escritores, gente que tiene por oficio escrutar en torno suyo, cómo, si no, hubiéramos sido lo bastante ciegos para no reparar en una realidad que alentaba delante de nuestras narices y que, lejos de ocultarse ni disimularse (razón por la cual, dicho sea entre paréntesis, resulta inadecuado calificarla de "conjuración"), procuraba manifestarse, ostentarse, evidenciarse, llamar la atención por todos los medios, asomarse y gritar en todas partes? Así, por un monstruoso error de perspectiva, por una increíble aberración, nosotros estaríamos viviendo

en sótanos y cloacas, mientras despreciábamos desde ahí la ciudad del aire libre y de la luz, poblada por gentes que nos parecían inferiores. O, para usar de una comparación menos sucia, éramos las sombras o reflejos que, cabeza abajo, repiten, temblores, tenues, dentro del agua, la imagen de quienes andan pisando con paso firme la tierra.

Antes de nada, había reparado Orozco en el hecho de que el Ministerio propusiera a la Embajada el nombre de Stéfani como el de un escritor representativo al que debía invitarse para una recepción de aquel género. Se preguntaba qué otros nombres igualmente insospechados podía haber recomendado el Ministerio, que otros "colegas desconocidos" estarían presentes en la fiesta sin que a nadie le hubiera dado la ocurrencia de ponerlos en contacto con nuestro grupo. Con una sonrisa, consideró lo incalculables que resultan las opiniones y preferencias literarias de los políticos, y cómo a veces la circunstancia de ser, por ejemplo, cuñado o primo o contertulio de la mujer del ministro, de un director general acaso, basta para que tal poeta chirle o tal periodista adocenado y oscuro ocupe alguna posición administrativa influyente y, por supuesto, bien rentada, gane un concurso oficial, o aparezca en una fiesta de Embajada representando, tan orondo, a la intelectualidad del país—cosas todas ellas sin verdadera trascendencia, y acerca de las cuales ¿quién va a engañarse, sino los tontos, que por lo demás tanto abundan?

La literatura, el arte, no son, por supuesto, materias en que el Estado y sus funcionarios tengan competencia. Y sólo, como es sabido, la espontaneidad de la vida social permite, con su libre juego, que se compulsen, y se discriminen, y se asienten los valores.

Pero esta reflexión sensata perdió pronto su virtud tranquilizadora sobre el ánimo de Orozco, cuando días más tarde inquirió, como de pasada, en la librería de Santos, por entre cuyos mostradores y estanterías solía darse alguna vuelta, si acaso tenían los libros de Alberto Stéfani, y el propio Santos López, tras haber observado un momento por encima de sus gafas la cara impassible del ilustre escritor, sonrió, extrañamente complacido de su interés, y se apresuró a traerle cuatro volúmenes de título y formato diferentes, ofreciéndose a buscarle también, si lo deseaba, *El barrio maldito* y *Corazón de seda*, que estaban agotados desde hacía meses, pero de los cuales quizás él pudiera conseguirle algún ejemplar, aunque no fuese de la última edición. "Pues ¿tanto se venden estos libros?", había preguntado Orozco. Y el librero Santos, usando de circunloquios para no herirle con el contraste implícito (aunque inculto, el viejo no dejaba de tener su gramática parda; era un gallego astuto), le hizo saber que los libros de Stéfani, "mediocres como son a juicio de los entendidos, aunque algún mérito han de tener", dijo, se tiraban en copiosas ediciones que era necesario repetir una vez y otra... De aquellos cuatro,

eligió dos Pepe, los mismos que yo pude hojear en su casa. Y ante prueba tal del favor público tuvo que modificar el contexto de su reflexión consoladora, descalificando ahora también al vulgo, a la multitud pedestre y analfabeta cuyo gusto no puede ser sino detestable, después de haber descalificado, como antes lo hiciera, a políticos y funcionarios. Por el estilo de Stéfani serían, eran sin duda, legión los escritores populacheros que sabían convertir en moneda contante y sonante su cháchara idiota, sus gracias de tercera mano o sus lloriqueos grotescos. ¿Merecería eso, acaso, el nombre de literatura? ¿Podía llamarse literatura a los novelones de la radio, a los monólogos y diálogos de tabladillo, a las letras para canciones, tangos y boleros, a los reportajes truculentos, a...? Porque, en tal caso...

Pero aun así, y por mucho que el argumento pareciera imbatible, a Orozco le había hecho perder aplomo el nuevo aspecto de las cosas. Suprimido el reconocimiento oficial, y con muy buen acuerdo, suprimido el apoyo y aplauso popular, con no menor razón (y ¿no eran ambas, por ventura, cosas idénticas de una democracia como la nuestra?), ¿cuál era el terreno propio de las bellas letras, cuál su base de operaciones, y cuáles sus efectos? ¿No se reducirían, en suma, a un mero juego, bastante pueril, en el que se entretenía un grupo de desocupados, ilusos o tontos hasta el grado de terminar por tomárselo en serio?

Las largas tiradas de la literatura "stefanesca" o "stefanil", frente a los escasos miles de ejemplares cuya venta él, José Orozco, un autor de tan firme reputación, consideraba como éxito satisfactorio, adquirieron a los ojos de mi amigo el valor de un símbolo, símbolo amargo donde se cifraba el poder social bien cotizable logrado por periodistas sensacionales, el dinero ganado a montones por libretistas de cine y de radio, y, sobre todo, lo que más importa: la influencia que sobre la mente y la conciencia de las multitudes ejercían tantos y tantos escritores chapuceros como, aun produciendo obras de muy baja calidad, y precisamente por ello, atinaban a engranar con la majadería común. Le daba vueltas a la cuestión y, aparte de todo, se asombraba Pepe de no haber concedido jamás ni la mínima atención a ese mundo, o submundo literario, cuya presencia—bien se percataba ahora—era abundante y ubicua; no comprendía cómo pudo haberse movido hasta entonces sin reparar en él, cuando ahora se lo tropezaba a cada paso... Es claro que nosotros mismos somos, ay, los autores de nuestra propia experiencia, los novelistas y dramaturgos de nuestra vida, y que hay culpa o mérito en que le suceda a uno lo que le sucede. Pepe Orozco, seguro de sí, soberbio en su triunfo, de pronto, en este momento, en esta precisa coyuntura, a saber por qué, cuando se asomaba ya a los paisajes apacibles de la madurez, desencadenó una serie de preocupaciones que por instantes lo llegaron a embargar y

turbar seriamente; y eso, a partir de una anécdota risible. De modo que, si antes había hecho caso omiso de todo el dilatado imperio de la necesidad, donde triunfaba y se expandía, lozano, lo que él juzgaba nulo, en cambio durante estas semanas azarosas cuyas tribulaciones me contó cuando ya todo había pasado y otra vez se sentía asegurado, tranquilo y sonriente, durante esa cruel temporada, en cambio, se había dedicado a explorar los sectores y rincones del azorante imperio con preocupado interés. Y decir interés es poco decir: inquietud, terror a ratos, y siempre pasmo, fueron los sentimientos que lo habían poseído, y con tanta más violencia cuanto más chata era la necesidad, más clamorosa la inepticia, más irremisible la nonada que veía prevalecer, concitar aplausos y prestar autoridad a los increíbles escritores del otro campo de las letras al que ya no se atrevía siquiera a calificar de clandestino ni fraudulento, sino, sencillamente, de "otro".

Las grandes ediciones y correspondientes ganancias de Alberto Stéfani—"el filósofo del corazón"—, según la gente le llamaba; y no había tardado mucho en averiguar Orozco por el mismo librero Santos mediante un empeñado torneo de reticencias que, en su género, no era único Stéfani, ni tan siquiera el más favorecido del público, el éxito, en fin, de esta laya de escritores, con ser sorprendente, e indignante, aunque a la postre muy explicable—pues bastaba con reflexionar un momento sobre ello—, ese éxito de libre-

ría constituía tan sólo un aspecto, y no demasiado saliente, de las actividades que se desenvuelven en el otro campo de las letras. Ahí estaban todavía los folletos, que Pepe había visto siempre (sin verlos) en los kioscos, y sobre cuyas tapas lustrosas lucían retratos de individuos policromados, relamidos y pretenciosos, caras cretinísimas de personajes que, sin duda alguna, eran mandarines de aquel imperio, famosos cual pueden serlo, dentro de sus fronteras, escritores lituanos o sirios de los que no tiene uno la menor noticia; ahí estaban las revistas ilustradas, las revistas cómicas, las revistas deportivas, y hasta los mismos diarios de la tarde, con sus colaboradores permanentes, cuya firma llegaba a multitudes incalculables y era apreciada por ellas; ahí estaban esos poetas, dialoguistas, autores de *sketchs*, que hacen vibrar diariamente el aire con sus emisiones radiales, suscitando las carcajadas o arrancando lágrimas y suspiros de infinita gente, los pergeñadores de novelas que apasionan y absorben y son el principal alimento para la fantasía de una inmensa cantidad de seres humanos, pendientes de aquellos destinos con los cuales—inconsistentes, fútiles y falsos—se identifican sin embargo... Recurso frívolo, irrisorio de veras, resultaba, ante la fuerza de esta realidad, el de meter la cabeza bajo el ala; con mayor brutalidad se le venía a uno encima ahora, inesperadamente.

Y lo cierto es que todos estos hechos, claros, simples, concluyentes, hacían tras-

tabillar a Orozco, que con tan seguro paso recorriera hasta entonces las etapas de su carrera de *homme de lettres*. Justamente por aquellos días de su más grave vacilación vino a caer una de esas enojosas celebraciones familiares a las que no siempre conseguía sustraerse Pepe, obligado, por condescendencia hacia su esposa, a pagar de vez en cuando el tributo de su presencia en reuniones que, a fecha fija, trivializaban la piedad doméstica con alguna pacata orgía de sandwiches y coca-cola, más excepcional copa de jerez para el tío Rodrigo, director de una sucursal del Banco Inmobiliario, para la viuda del ingeniero Antuña, para el propio Orozco, y apenas un par más de parientes distinguidos, los mismos que solían retirarse, no sin general resistencia, a la hora en que los muchachos aprontaban la radio o la gramola para bailar en el patio. Esta vez, cuando la señora de Alvarez Soto le preguntó a Orozco si continuaba trabajando en Correos y Telégrafos, y Alvarez Soto se apresuró a informarla, antes que él mismo respondiera, de que Pepe no trabajaba en Correos y Telégrafos, sino en la redacción de "El Correo", cuya empresa era en verdad tan importante como un ministerio, mi amigo recordó que igual equívoco había dado lugar el año anterior a un diálogo en iguales términos, casi con las mismas palabras, entre el matrimonio Alvarez Soto, con él "de cuerpo presente"; mas, en lugar de crisparse ante lo ridículo de la situación y aplicarles en su fuero interno el dicterio de imbéciles,

extensible a toda aquella honorable reunión y a sí propio por haber accedido a participar en ella, sintió ahora una especie de raro sobresalto y le echó a la señora de Alvarez Soto, que lo contemplaba con benévola aprobación desde sus gafas de miope, una mirada en la que no hubiera sido difícil discernir un matiz de timidez. Así me lo confesó, hablando de sí como si se tratara de otra persona. Y tampoco había aprovechado ese día el momento de organizarse el bailoteo en el patio para escabullirse, según hicieron los demás personajes solemnes de la familia; sino que, al contrario, fué y se instaló en un rincón, junto a una maceta, con gran sorpresa de su mujer, que no dejaba de espiarlo. Y allí, medio oculto, emperzado, hundido en reflexiones vagas acerca del sentido que tuviera, si alguno tenía, el esfuerzo contenido en su obra de artista, convino, al final de una empeñada discusión consigo mismo, en que quizás había vivido un enorme engaño, engaño colectivo, sin duda; compartido con otros de su calaña, pero definitivo engaño; y que todos sus pretendidos valores se reducían a trampas y pretextos en una lucha de vanidades sobre la mísera base de ingresos análogos a los que, sin tantas penas, péñolas ni penachos, obtiene cualquier modesto oficinista en empleos oficiales o del comercio privado. El propio periódico donde trabajaba, ¿no era, acaso, una empresa comercial? ¿Qué tanto tenía que ver su obra literaria con lo que esa empresa le pedía y exigía de él a cambio de

su sueldo? A los ojos—también miopes—del gerente, ¿era él, por ventura, algo más que un empleado, colocado ahí como pudiera haberlo estado en Correos y Telégrafos? Eso, y nada más. Y como eso tomaban también el periodismo casi todos sus compañeros de redacción: como un empleo, aspirando a utilizarlo de trampolín para saltar al escalafón del Estado, a la política; de modo que ante ellos, él, con sus libros y demás, aparecía (y sobre este punto sí que nunca se fraguó ilusiones, aunque, por supuesto, los había desdenado siempre), aparecía haciendo la figura de un tonto engréido y presuntuoso, personaje menor al que se fingía respetar—y nada más. “En aquellos minutos—me declaró Pepe, serio de pronto—comprendí que iba a tocar fondo; y hasta había una fea especie de placer en sentirse tan sin remedio perdido”. Dudaba si esa imagen del ilustre escritor José Orozco no sería después de todo exacta, y él, en el fondo, un pobre diablo, y su vida entera una pura majadería.

Hundido, emboscado tras de la palmera doméstica, se dirigía tales preguntas acerbas, cuando he aquí que, por si fuera poco, una nueva aparición del otro mundo literario irrumpe sorpresiva y gloriosamente, triunfalmente, en el patio, para borrarlo y desvanecerlo a él, laminarlo, dejarlo reducido, en fin, a una mera sombra que se repliega contra la pared, se encoge y arrincona ante el brillo de una nueva luminaria. Traje a rayas, bien peinada la cabeza, y un derroche de simpatía

como para que la gente se hiciera lenguas, el recién llegado era—con perdón sea dicho—el tipo cabal del pendejo; pero si se trataba de confrontar corporeidades para obtener una conclusión sobre lo fantasmagórico y lo real—quién hubiera podido negarle consistencia a sujeto que así se mueve, gesticula, salta, grita, ríe y zascandilea entre la gente joven, más dinámico que todos ellos, dejando con la boca abierta a tantas encantadoras mujeres que se saben de memoria sus letras sentimentales cuyos delicados acentos han competido con distinta fortuna por reproducir en las inflexiones de su voz, y que ahora no dan crédito a sus ojos viendo el espectáculo asombroso de su ídolo, estrella inaccesible, fabulosa, inmensamente lejana, aquí, en este patio, flaquito él, amenísimo y perfumado, alternando con todo el mundo en actitud tan sencilla que, cual rasgo de bondad inmensa, hacía brotar las lágrimas... No, ni siquiera se le ocurriría a José Orozco la idea de medir su figura de escritor, demasiado cuestionable, compuesta de rasgos sutiles, de matices casi inaprehensibles, con la efectividad clamorosa de esto que, sin embargo, no podía dejar de calificar *in mente* de “pendejo”, sin que hubiera en la palabra, por lo demás, resentimiento alguno.

Por suerte, nadie se acordó, en la algarazara, de presentárselo al tío Pepe Orozco; y cuando una señora, que ni siquiera era de la casa, intentó reparar, desalada, la falta, mi amigo la detuvo con delicada energía por la muñeca, rogándole que se

abstuviera, pues se le había hecho demasiado tarde ya en medio de aquella reunión deliciosa e iba a escaparse, saliendo con su mujer, a hurtadillas si posible fuera, para no interrumpir la general animación...

Pocas más peripecias y detalles me contó Pepe de su descenso a los infiernos literarios, donde, quizás por haberse aventurado sin guía, estuvo tan a punto de sucumbir. Cuando menos, se había extraviado por momentos en su excursión al suburbio de las letras, que ahora relataba con tono regocijado, como quien se complace en ofrecer la versión cómica de una enfermedad ya superada, cuyas alternativas sólo después se ha comprobado que no merecían tanta preocupación. Crisis de la enfermedad había sido, precisamente, este último episodio del pendejo traído y llevado por la patulea de necios: ahí se había producido el punto álgido, y la depresión más próxima al colapso; pero también databa de ahí la reacción saludable. Cualquiera sabe qué factores imponderables, oscuramente fisiológicos, qué vuelta de la vida contribuiría a todo ello. Lo cierto es que el pobre Pepe no había podido pegar ojo aquella noche y, en el desamparo de su vigilia, tuvo que asomarse una vez y otra, con pavor creciente, al abismo de una vida *ratée, manquée*, frustrada, entregándose a la rabiosa y vejada desesperación de quien descubre haber sido víctima de un timo—y la situación que así suele describirse está mal descrita, no corresponde a ella ni la forma

pasiva del verbo ni la palabra víctima, pues el timado sucumbe a su propia mala fe, y en eso está lo vejatorio, lo desesperante, y la rabia, que es ante todo rabia contra sí mismo. Se había afanado por entregar una hermosa juventud, energía, talento, pujanza, oro de ley en suma, para obtener a cambio un paquete de amarillentos recortes de periódico, que no otra cosa era su fama, sin valor ni curso en el ancho mundo...

Mas, como digo, a la mañana misma se iniciaba la reacción saludable; y, según acontece con las infecciones muy intensas, también la reacción fué vigorosa. Mientras tomaba el desayuno, comenzó a sentir que su mal humor se disipaba ante los rayos de sol tempranero que entraban por el balcón del comedor; y lo que en su ánimo hacía el efecto curativo de rayos solares era el pensamiento (nada nuevo, por cierto, ni original, pero al que en días anteriores nunca quiso abrirle los postigos del espíritu) de que, en arte, el valor se mide, no por la popularidad sino por la calidad intrínseca de las obras, cuyos quilates no pueden establecerse a través de compulsaciones democráticas, antes bien, por el acuerdo de los mejores a lo largo del tiempo; de donde resulta que el recurso de apelación contra los contemporáneos al juicio de la posteridad, mejor que una revisión en segunda instancia supone introducir la prueba de la duración, que acredita aliento de eternidad...

Pepe Orozco me lo explicaba, y yo asentía; yo asentía con enfática super-

convicción. Me alegraba tanto volver a hallarlo sereno, firme, con el humor restaurado y aquella admirable seguridad en sí mismo que le había permitido cumplir una obra imperturbablemente hermosa... Ahora, ya en el plano de los comentarios y generalidades al que, poco a poco, nos habíamos deslizado, desarrollaba Pepe una serie de teorías, más o menos convincentes, acerca de la escasa o ninguna significación de los trofeos literarios—él, que había recogido algunos de los mejores—. Y yo, para probarle mi confianza en que su aplomo era de nuevo invulnerable, en que sus cuitas pertenecían a un pasado definitivo, me puse a presentarle objeciones; le observé:

—Así será, sin duda; pero, entonces, dime, ¿por qué tú, como yo y todos los demás, te empeñas en publicar, te regocijas de ser leído, te irritas ante la incompreensión, y el aplauso te conforta?

Yo quería mostrarle con esto que estaba convencido de su restablecimiento y creía poder tratarlo sin miramientos ni contemplaciones, como cuando a un convalesciente se le habla con rudeza y se le desconsidera expresamente para infundirle confianza en la realidad de su curación. Y, aparte de eso, soy persona que se muere por analizar y discutir, o, como algunos afirman, por llevarle la contraria al lucero del alba. El lucero del alba me contestó en este caso:

—Todo ello pertenece al orden de los epifenómenos de la vida literaria; si lo prefieres, te concedo que sean debilidades

humanas. Pero no afecta para nada a la creación misma. Pues me vas a perdonar —argüi todavía—; pero no lograrás persuadirme, ni me persuadirían padres descalzos, de que es un mero accidente de la actividad literaria el publicar lo que se escribe; más bien me parece que ahí se esconde el sentido de esa actividad. Sería insensato, reconócelo, escribir algo que nadie hubiera de leer. Hasta el naufrago que tira su botella al mar dirige su mensaje a alguien, y con tanto mayor apremio cuando considera que probablemente ese alguien, el destinatario ansiado, no existe. ¿Acaso te imaginas a un último superviviente sobre la tierra, escribiendo un libro?

—Lo escribiría para Dios—sonrió Pepe Orozco.

—¿Tú escribes para divertir los ocios de Dios, Pepe? Yo, no; yo escribo para que me lean hombres de carne y hueso, falibles y percederos. Además—agregué, cambiando el tono de vehemente a burlesco—, además, mira, no creo yo, como creía, cuitado, el emperador Carlos V, que el español sea el idioma para hablar con Dios. Quien sabe, incluso, si Dios no será analfabeto, y sólo capaz de leer en los corazones...

—Bueno, esa doctrina no deja de ser arriesgada: nadie puede decir que nuestro Stéfani, el colega desconocido, no tenga mejor corazón que tú y yo... En cuanto a tí—bromeó Pepe—, será entonces que escribes por amor de Dios para que te lean sus criaturas. Para los hombres, sí; pero por amor de Dios: un acto de caridad que practicas sin tregua y sin fatiga.

FRANCISCO AYALA

A Ese Lugar Donde me Llaman

Todo empezó—así lo recuerdo—a fines de septiembre. Era mi santo y cumpleaños, y mi madre me hizo una nueva camisa. Mientras la hacía empezó a toser y ponerse pálida. Se le agrandaron los ojos, se puso de pie y marchó, con las manos abiertas sobre el pecho, hacia la otra pieza.

No vino el médico. Cuando parecía más grave con las fiebres altas (y grandes variaciones) vino a vernos mi tía Sol. Traía alguna noticia. Miró, con expresión secreta, a mi madre desde la puerta. Mi madre se incorporó en la cama, la observó, y su rostro empezó a animarse. Luego empezó a llorar en silencio.

Tía Sol salió en seguida y, en su ausencia, mi madre se levantó, se puso el mejor vestido, se compuso el pelo, se aplicó los afeites. Pero al atardecer regresó tía Sol y yo vi como aquel resplandor súbito del rostro de mi madre se apagaba. Hablaron un momento en voz baja. Tía Sol venía abatida; bajó los párpados y se fué diciendo:

—Quizás se hayan equivocado en la fecha. Pudiera venir en otro barco...

Se volvió lentamente hacia la puerta. Mi madre estaba de pie, en el centro, con las manos abiertas sobre el pecho. Dijo con voz tomada:

—¡Gracias, Sol, de todos modos!

Ese fué el principio. Por varios meses,

había de ir observando yo, sin comprender, estos cambios. O bien los comprendía sin explicármelos. Sabía que *alguien* debía venir, cada mes, en un barco; pero no venía. En tanto mi madre se enfermaba, curaba (al parecer) de pronto, se acercaba otra fecha (y otra esperanza) y, cuando volvía, decepcionada, tía Sol, mi madre volvía a enfermarse.

Pero ella no decía nunca que estuviera enferma; sólo cansada, a veces. Nunca dejaba su costura. Dijo un día, cuando Sol se había ido:

—Todo fué el diablo. ¡Qué le vamos a hacer!

Ahora la veo pálida, delgada, más alta que la puertecita del fondo del cuarto. Me la imagino yéndose, inclinada; entrando por la puertecita, como por la de un panteón, en el otro cuarto. Los dos vivíamos entonces solos, en el Cerro. Ella me dijo:

—Voy a traer una inquilina aquí para la sala. Otra costurera. Nos sobra espacio, y yo trabajaré en el cuarto.

Este cuarto daba al placel. Era allí dónde jugaba yo con otros niños. La mujer que vino a ocupar la sala era una negra gruesa y maciza de piel muy tersa. Mi madre cerró la puerta intermedia y los dos salíamos por el placel a otra calle.

—Nos sobra la sala—repitió mi madre. Y esa calle de alante está llena de baches

y charcos cuando llueve. Por detrás se ve el campo. Se ve poner el sol en el campo.

No parecía hablar conmigo. Había trasladado aquí (al cuarto y el cuartito de desahogo y ducha) la máquina de coser y las telas. No venían ya las marchantas. Ella salía a veces temprano a entregar y recoger costura. Esta no era mucha. Ahora trabajaba lentamente. Yo la veía a veces, por la ventana, desde el placel, parar la máquina, quedarse, sentada, tiesa (de espalda a la ventana) mirando a la pared. Y cuando volvía a dar al pedal todavía su busto seguía erguido, como presa de un dolor que lo paralizaba.

—Voy a mandarte unas semanas con tu tía Sol—me dijo un día—. O quizás con tu tío Martín. Tengo que ir ahí, a un pueblo de campo, a hacer unos trabajos. Puede que tarde algunas semanas.

Nunca había ido al campo. Nunca la recordaba yo sino, un poco, allá en España, y luego viniendo en el barco, y al fin aquí, en el Cerro, en esta accesoria. Yo le dije:

—¿Y mis otros tíos?

Paró la máquina, bajó la vista, murmuró:

—Ellos no son malos. Andan por ahí. Pero ellos creen que yo soy la mala. ¡Ha sido el diablo!

Martín vino esa noche. Había venido otras veces, de pasada. Hablaba poco. Era un hombre enteco, prietuzco, triste, picado de viruelas. Llevaba siempre un cinto ancho, y en él, limas, tenazas, martillos... Le dijo a mi madre al despedirse:

—Tú mira a ver. Si quieres mándame el niño.

Ella se apresuró a explicar (para mí, pero hablando con su hermano):

—Yo vuelvo pronto, ¿sabes? Unos trabajos que tengo que ir a hacer ahí, a Artemisa... Pero quizás sea mejor que el niño vaya con su tía Sol. Allí hay campo y flores...

Martín nos miró a los dos con expresión recogida. Paseó, como extrañado, la vista por la pieza.

—Como quieras. Pero ya tú sabes.

Se fué lentamente, algo encorvado, por el placel. Ella apagó la luz y se dejó caer en el balance, llevándome a la vez hasta el borde de la cama.

—Tus tíos son buenos—me dijo—. Puede que yo haya sido la mala. Pero no he querido deberles favores, a ellos ni a nadie. Te he traído para acá para que no crecieras viendo al "Adán". Él es el malo. ¡Que Dios lo perdone! Que Dios nos perdone a todos. ¡Ha sido el diablo!

Yo no entendí del todo. Otras veces le había oído hablar del "Adán", y sabía que ese (nunca lo había visto) era mi padre. Mi madre añadió:

—Él es tu padre; pero recuerda, si lo ves algún día, que ni siquiera te ha reconocido. Además, tú no te pareces a él. Tú eres un Román.

Calló y la sentí llorar por dentro. Luego alzó fuerte e irritadamente la voz:

—¡Acuéstate! No sé por qué te estoy hablando de esto!

Al día siguiente se hallaba de nuevo envuelta en aquel porte seco, digno, reser-

vado y altivo que hoy, recordándolo, se me figura extraño en una aldeana. Pero nada en ella indicaba la aldeana y, además, vivía en una tensión que no le permitía a uno pensar en lo que era, sino en lo que sentía. Los mismos vecinos se extrañaban. Ella le dijo un día a la negra:

—A ustedes les extraña que yo sepa hablar y vista de limpio. ¡Para ustedes, debiera estar trabajando de criada!

La negra abrió mucho los ojos, se encogió de hombros, y empezó a rezongar. Mi madre dijo luego, sosegada, a una clienta:

—Comprendo que a veces me irrito. Yo era muy joven y me ocurrió *aquello*. Y no había nadie allí para defenderme. Todos mis hermanos estaban en Cuba.

Estaba de pie, y vestida, antes del amanecer. Lucía bella, pero espectral, en su vestido claro y largo, sus ojos verdes y fijos, las trenzas negras como un halo en la cabeza. Me parecía muy alta—más que Martín y más que la negra—quizás porque se iba afinando para morir.

—¡Criada de servir!—reiteró otro día. Ninguno de los míos ha sido jamás criado. ¡No quiera Dios que lo sea!

Mi tío Martín volvió al día siguiente por la noche. Mi madre parecía animada. Por Romalia, una vecina, Sol le había enviado un recado esa mañana. Otra vez estaba al llegar un barco.

—He aplazado el viaje a Artemisa—le dijo a mi tío—. Hoy es sábado. Quiero pasar aquí el domingo, y quizás me quede una semana más. Por otro lado, el niño irá con Sol. Allí tiene más espacio. No

quiero dejarlo encerrado en un cuartucho como el tuyo, como una tumba...

Los dos callaron. Martín bajó los párpados y salió doblegado. Al salir me miró con tristeza, pero no la miró a ella. ¡No la volvió a ver viva!

Por la mañana, Sabina, la negra, llamó tímidamente a la puerta del tabique.

—Teresa, Teresa, ¿tú estás bien?

Yo había dormido como drogado. Quizás lo estuviera. Al acostarme, me había dado un cocimiento de hojas. A veces, en sueño, me parecía oírla toser, pero no estaba seguro. Mi sueño era pesado. A veces también tenía sueños y creía oír lamentos, pero no podía saber si eran reales o imaginarios. Mi madre, por la mañana, estaba de pie, peinada, con una amplia, fina y limpia y almidonada bata floreada. Abrió un poco la puertecita y miró muy dignamente a la negra:

—Sí, gracias, Sabina. Estoy bien. Solamente que tuve una pesadilla. Y repitió: ¡Gracias, Sabina!

Nunca le había oído decir que estuviera enferma. Nunca había venido el médico. A veces se ausentaba una mañana o una tarde enteras. Ultimamente —me decía—cosía también *en* la calle: no solamente *para* la calle.

—He dejado el viaje al campo para otra semana. Tengo que terminar aquí unos vestidos.

Hablaba sin mirarme y se movía con cuidado como si temiera que algo fuera a rompersele. Se sentó a la máquina y empezó a orillar una tela. A ratos paraba, miraba fijamente al campo por la

puerta. Una vez me sorprendió observándola, y me dijo muy severa:

—Anda, toma tu leche y vete a jugar. Luego tiene que ir *con* la maestra.

Yo no iba a la escuela. El aula estaba lejos; la maestra vivía enfrente y me daba clases después del almuerzo y la comida.

—¡Y ten cuidado!—añadió mi madre. No te vayan a dar otra pedrada.

Yo salí al placel, pero no a jugar. Me tumbé entre la hierba y empecé a olfatear, como los perros. Mi olfato era excepcionalmente agudo y algunos vecinos lo sabían, y se extrañaban. Un día dije que un cuarto olía a cadáver y, tres días después, se murió allí una anciana. Mi madre lo sabía.

Cuando regresé, a mediodía, Sabina estaba con ella. Estaban examinando y clasificando piezas de costura. Con ellas estaba Romalia. Ésta era una mujer flaca y cetrina y sin dientes, con un pequeño vientre redondo delante. Mi madre le dijo, dándole un paquete:

—Lleva esto a mi hermana Sol. Dile que venga por aquí mañana.

Se volvió para explicar a Sabina:

—Mi media hermana. Hermanos, no tengo más que uno: Antón, que trabaja con ella en el jardín. Pero medios hermanos tengo varios regados por ahí: Martín, allá abajo, en una saquería; Javier, rodando en su carro de mulas; y Sol, en Jesús del Monte... ¡Romanes por todas partes!

Trató de sonreír, pero ya su sonrisa no era más que una mueca. Estaba horriblemente pálida y los afeites que se había

puesto hacían resaltar aún más su lividez. Pero se esforzaba por parecer firme y erguida. Dijo viéndome a la puerta:

—Y éste. Éste también se llama Román. No tiene otro apellido... ¡Ni falta que le hace!

Y añadió para sí en un tono profundo y rencoroso:

—¡Semejante renacuajo!

Las otras—Sabina, Romalia—la escuchaban calladas, quietas, fingiéndose impasibles. Pero sus ojos iban de ella a mí. Mi madre repitió:

—Eso era su padre: ¡un renacuajo! Yo no sé cómo... ¡Pero que Dios me perdone!

Bajó la vista, cruzando las manos sobre el pecho.

—¡Y que Dios lo perdone también a él!

Su voz se había ido suavizando; ella misma se encorvó un poco. Se dió cuenta, se irguió de nuevo, dijo con voz forzada y casi imperiosa:

—Anda, Romalia. Lleva eso. Dile a Sol que venga mañana. Quizás salgo un día de estos para el campo...

Romalia retrocedió poco a poco, mirándonos, extrañada. Salió por el cuarto de Sabina. Ésta se quedó sentada en el taburete, cerca de la máquina inclinándose a un lado y a otro para mirarnos. Mi madre me dijo luego:

—He pensado que quizás me quede algún tiempo en Artemisa. Me ofrecen mejor trabajo. En tanto ¿con quién quieres quedarte? Con tu tía Sol o con tu tío Martín? Sol tiene campo, flores...

Estaba anocheciendo. Fué hasta la puerta y miró, callada, largo tiempo, al campo. Al volverse me pareció que tenía los ojos húmedos, pero no me dejó mirarlos. Se fué al fondo y se puso a servir la comida de cantina. Empezó a cantar.

Al otro día por la mañana vino tía Sol. No era en nada parecida a mi madre. Era mayor, algo rubia, ancha y rústica. También su voz era tosca y quebrada. Miraba a mi madre con la misma expresión de extrañeza y compasión que las vecinas.

—Voy a esperar una semana más—dijo mi madre—. Hoy estamos a veinte. El veintisiete llega el *Alfonso XII*, verdad?

Me vió y cambió de tema:

—Si demoro por allá, ya tú sabes. Lo mandas a la escuela. Tendrá que estudiar. Nunca le gustará mucho doblar el lomo.

Luego se le escapó esta confidencia:

—Hoy me siento bien. Realmente, me siento mucho mejor. Crees tú que en el "Alfonso"..?

Por primera vez me di (aunque aun vagamente) cuenta de la razón de sus variaciones, del abatimiento a la exaltación. Otra vez el barco estaba en camino. Sol le dijo:

—Tú, del niño, no tengas cuidado. Nosotros sabremos cuidarlo.

—Y quizá no tengan que hacerlo—dijo mi madre, sonrojada, olvidándose de mi presencia—. Se lo he pedido mucho a Dios estos días.

Pero un pensamiento ensombreció su semblante:

—Bien es verdad que quizás yo no me lo merezca. Algunos dicen que soy mala...

Trató de rehacerse. Se contrajo, se puso de pie, con una mueca. Todos los días cambiaba de vestido, y éste llevaba el más lindo. Pero se estaba haciendo otro, y había comprado un frasco de perfume. Este perfume avivó en mi nariz cierto hálito todavía muy sutil, pero extraño, que empezaba a percibir en la casa. Me dije entonces, con la mente: Está decayendo; desde hace meses se viene gastando rápidamente; ahora está animada, parece más joven, pero vuelve a apagarse fácilmente; se enciende y se apaga; ya no tiene músculos: sólo pie, huesos y tendones.

Sol se fué como de mala gana:

—Tú di la verdad... cómo te sientes. ¿No quieres que me lo lleve todavía?

Mi madre habló un poco como en delirio. No miraba a la gente y, a veces, sus palabras parecían dirigidas a alguien ausente.

—Lo que yo le estaba diciendo a Sabina—dijo—. En el mundo hay personas malas. Te atropellan, te vejan, te humillan. Y no hay quien les pida cuentas. ¿Dónde está la justicia?

Se sacudió la cabeza, se llevó las manos a las sienes y exclamó por lo bajo:

—¡Que Dios me perdone!

Después de un silencio concluyó:

—No. No te lo lleves todavía. Vamos a esperar una semana. Quiero que me hagas ese favor una vez más. Que vayas al muelle...

Sol se fué moviendo su cabeza pequeña sobre su cuello corto. La vi apretar los

puños y le oí decir, como para sí, cuando salía:

—¡Pobre hermana! ¡Tantas desgracias, no se las tenía merecidas!

Mi madre no la siguió. No pudo oírla. Estaba de espalda a la puerta de cara a la del tabique. Al otro lado la máquina de Sabina había dejado de zumbar. Dijo mi madre sin volverse:

—Coge ese paquete que está en la silla. Es el vestido de la del once. Llévaselo.

Salí, pero me quedé por la parte de afuera, escuchando. Entonces sentí entrar a Sabina.

—Hoy se te ha visto mucho mejor—dijo la negra—. Pero, en tu lugar, yo no esperaría más para ir al hospital. Allí estarás mejor atendida.

Hubo un silencio y mi madre repuso:

—Quiero estirar el tiempo lo posible. Quiero ver al niño. Pero no quiero que él me vea fea y descompuesta. Quiero que me recuerde como yo soy..., como yo era. Cuando vuelva estaré remozada. Estaré hecha otra moza—hizo una pausa—. Pero todavía no es seguro que me vaya. Todavía puede ocurrir algo, tú sabes...

Al regreso la encontré encorvada, agarrada con las manos al borde de la mesa. Luego se metió detrás de la cortina y por largo rato la sentí respirar trabajosamente. Pero el día siguiente amaneció repuesta y con el vestido nuevo que se había hecho. Tía Sol vino pronto muy animada y hablaron en voz baja. Luego Sol salió muy apurada y mi madre quedó como expectante. Le había vuelto el brillo a los ojos y se movía con una soltura que no le

había visto en muchos meses. Se duchó, se volvió a poner el vestido nuevo, se aplicó los afeites. Después se sentó otra vez a la máquina y empezó a cantar.

En toda la tarde no volvió a hablar de mi vuelta al reparto. Sabina entreabrió la puerta y la observó con asombro. Dijo mi madre:

—Entra, Sabina, entra. Tú sabes, me siento muy bien. Y creo que vamos a tener visita.

No explicó más nada. Yo entraba y salía y, durante varias horas, mi madre pareció no darse cuenta de mi presencia. Le dijo a Sabina:

—Tú sabes, Sabina, nadie puede ser juez de nadie. Cada uno tiene su alma y a veces no es lo que otros piensan. Si tenemos visita, vamos a invitarte a la fiesta. Porque vamos a dar una fiestecita. ¡Sabina, tú eres buena amiga!

Entonces vi que lloraba, pero era de alegría. La negra miraba a un lado y a otro como si temiera ver fantasmas.

—Lo que te digo—dijo mi madre—. Mi hermana Sol tuvo noticias de que cierto *personaje* viene en el "Alfonso XII". Y si eso es cierto...

En ese momento miró hacia la puerta, se contuvo, cambió para un tono más bajo y receloso:

—No quiero ser soberbia. Soy como los chinos. Esperemos. ¿Sabes tú cómo se llama este niño? *Román* es su segundo apellido. Pero debe tener otro. Todas las personas tienen dos apellidos. ¿Por qué había de ser él menos que otras personas? Su otro apellido es Pérez. Mi hermana

dice que viene cierto personaje en el Alfonso. Y si viene, yo sé por qué. ¡Tú verás, Sabina, tú verás, como todo se arregla todavía!

Yo estaba aplanando en el suelo, detrás de la cortina, olfateando. Ella no parecía sentir mi presencia.

—¡Tú verás, Sabina, tú verás!—dijo mi madre.

La negra cerró lentamente la puerta, como se hace con los enfermos, pero atemorizada. Yo di la vuelta a la cuadra, entré por la calle y me asomé a la puerta de Sabina. Ésta estaba recogiendo la costura, y diciendo, sola: "Un personaje... cierto personaje... ¡La pobre! ¡Delira!"

Me vió y calló. Yo seguí corriendo. Algo (quizás aquel olor nuevo) me agitaba. Al volver al cuarto mi madre había encendido todas las luces. Me mandó ducharme y me puso el mejor traje. Explicó tan sólo:

—Ponte eso, siquiera hoy, que es domingo. Estás creciendo. ¿Para cuándo guardas la ropa? Además, quizás tengamos visita. ¡Ya verás, ya verás!

Estaba alborozada. Se había ido entonando más y más hasta que parecía francamente exaltada. Luego, de pronto, se

quedó como paralizada. No ocurrió nada. No vino nadie. Se oía volar una mosca. Pero algún mensaje llegó a su alma, y cuando, horas después, volvió tía Sol, con la noticia (o la ausencia de noticias) estaba como endurecida para recibirla. Dijo mi tía:

—¡Es inútil, Teresa! Las cosas son como son. ¡No vale hacerse ilusiones! Debe de haber sido un error. No viene para acá. ¡Se ha ido a Buenos Aires!

Mi madre estaba de pie y la miró impasible. En las últimas horas, su rostro, antes encendido, se había ido consumiendo, hasta un grado espectral. No era ya un rostro; era una máscara. Pero su voz todavía pronunció con firmeza:

—¡Está bien, hermana! Ahora, llévate el niño. ¡Creo que voy a ir a ese lugar donde me llaman!

Por el momento (y por algún tiempo más) esa imagen de mi madre persistió en mi mente. Pero luego se fué disipando y, en su lugar, reapareció aquella otra que ella había querido dejarme cuando dijo:

—No quiero que me recuerde fea y descompuesta. Quiero que me recuerde como yo soy... como yo era.

LINO NOVÁS CALVO

Marzo de 1951, Habana.

La Muralla

(CUENTO ARGENTINO)

El Enano hundió los ojos en la muralla. ¡Qué gorda, qué blanda! Encerraba al viejo edificio por los cuatro lados, pero suavemente, sin apretar: más bien parecía abrazar a los hombres que andaban por el patio, con la cabeza al rape y uniformados en gris.

Advirtió que los guardias lo vigilaban. ¿Sospecharían?

La tarde era un ala inmensa. ¡Qué abismo, el de la luz! Las nubes ofrecían sus colchones mullidos; pero si uno saltara sobre ellas se desgarrarían como telarañas y el cuerpo seguiría cayendo hasta estrellarse en un fondo duro y azul. Bajó la vista, con vértigo, y se acurrucó en el suelo.

Solo, siempre solo. ¿Hablar con los otros prisioneros? Ni pensarlo: apenas chapurreaba el español. Y aunque pudiera hablar, ¿qué iba a decir? Todo el mundo lo sabía: había matado a un hombre. ¿Para qué hablar más?

Sonaron unas campanas (pegada a los aposentos había una iglesia construída por los jesuitas en el siglo XVII) y el corazón de El Enano batió también. ¡Se acercaba la hora! Formó fila con los otros hombres y entraron. Después de comer, a la celda. Un guardia, por rutina, inspeccionó las cerraduras. Se apagaron las luces.

Esperó dos horas. Y entonces, en el silencio de la noche empezó a trabajar. Dió a las cobijas el bulto de un cuerpo dormido. Se metió debajo de la cama. Corrió la alfombrilla. Cogió un garfio, disimulado entre los resortes del colchón elástico. Levantó un bloque del suelo. Ni un ruido. ¡En cinco años había aprendido a amansar el silencio, sí! Y se deslizó por el agujero. Palpó en las tinieblas y encontró las ropas viejas. Se cambió. Había acostumbrado a los guardias a que lo vieran sucio, pero no convenía ensuciarse demasiado: podrían sospechar. Tomó las herramientas, envueltas en un trapo, y una bolsa para sacar la tierra. Y avanzó por el túnel excavado. ¡Qué placer, arrastrarse como un gastrópodo, sintiendo a sus espaldas la gran concha del edificio! El túnel era ya largo; y en cada punto El Enano podía imaginarse las paredes, cámaras y corredores de arriba. A otros hombres los hacían trabajar en la huerta. O en los talleres. El, en cambio, servía en tareas domésticas. Y, mientras iba y venía, lo observaba todo, con ojos de arquitecto. Se arrastró, sonriendo al pensar en la cara que pondrían los guardianes si se enteraran. No eran malos. A él, especialmente, lo trataban mejor que a nadie. De pura lástima, él lo sabía muy bien.

¡Zonzos! ¿Por qué lástima? ¿Porque tenía la estatura de un niño de ocho años? ¿Y qué tiene de malo el ser enano? Enano y todo había sido más importante que la mayoría de los hombres normales. Y mucho más feliz ¡ah, eso sí! Un mago de circo lo había recogido a una edad que ya no podía recordar; lo que sí recordaba eran los viajes en triunfo por Alemania. ¡Eso era vida! Escondido en canastas de doble fondo, en escotillones de teatro, en la entraña de un parlante cocodrilo de goma y cartón... No lo exhibían ante el público. A lo más le hacían asomar la cabeza, como flor humana, sobre un florero con tramoya de espejos. Porque le gustaba engañar al público desde sus escondrijos, pero no exhibirse. La hora fatal fué esa en que su padrastro, judío, tuvo que fugarse de la Alemania de Hitler y venirse a la Argentina. ¡Qué país, la Argentina! Chato, abierto, despoblado... A uno y otro lado de las ventanillas del tren, el horizonte redondo como una moneda. Y el solo saber que tendría que bajarse en ese círculo de tierra aplastada y andar como un microbio expuesto al sol, lo enfermaba. Cerraba los ojos, mareado por la pampa. De buena gana se hubiera escondido en uno de los baúles del mago. Fué en Córdoba, en una colonia de vacaciones para niños débiles, donde lo humillaron por primera vez. Protestó y protestó, pero el empresario lo hizo vestir de payaso y tuvo que pasearse ante los niños, tendidos sobre el campo como una enfermedad de la hierba. Esa misma noche mató. De rabia. De humillación.

Pasó rozando un tragaluz desde donde se veía, a un lado, el patio claro de luna, y, al otro, la negrura de un sótano. Cerró otra vez los ojos. No quería ver el patio, no quería ver la luna. Aun el aire de la noche, que era como un bálsamo para las llagas que abre el sol, lo trastornaba: cuando miraba hacia arriba se sentía prendido al suelo por los pies, colgando en el espacio, como un murciélago. Siguió reptando. En un punto el túnel se dividía en dos. Había minado uno de ellos dos años atrás, pero tuvo que abandonarlo porque, un poco más, y habría ido a salir en la oficina del director. Se internó en el otro hasta topar con el fondo. Desenvolvió las herramientas y se puso a cavar. Cuando extrajera un buen montón de tierra la metería en la bolsa. Después la desparramaría por las cañerías, la aventaría poco a poco por la ventana de la celda... De pronto, un desmoronamiento; y al estirar la mano tanteó el vacío, negro y con olor a muerte. ¿Dónde estaba? El corazón le latió con tanta fuerza que parecía que a él mismo, por dentro, un presidiario lo estuviera perforando: todo el cuerpo le sonaba a catacumba. ¿Habría horadado alguna pieza? ¡Qué raro! No recordaba ninguna pieza en ese sitio. Calculó las distancias. No. Estaba seguro. Según sus observaciones debía de estar debajo de la iglesia abandonada. ¿Qué sería eso! Usó el cinturón a guisa de plomada. Oyó que la hebilla pegaba en el suelo. Fuera lo que fuera, el foso no era profundo. Se dejó caer al otro lado. No veía nada. Ahora pudo andar de pie.

Dió un paso. Y otro. ¡Si tuviera una luz! Por primera vez necesitaba luz. Con las manos, con las rodillas, con los suaves tropezones de su cabeza, había conocido siempre la galería que iba abriendo. Pero ahora, de pie, perdió contacto. ¿Dónde estaba, dónde? Marchó con las manos extendidas. Una pared. Un soporte de madera. Tuvo ganas de gritar, para que el eco le midiera las dimensiones de ese lugar inesperado. ¿Y si alguien lo oía? Caminó, caminó. ¿Cuánto? ¿Una cuadra, dos cuerdas? ¿Estaría dando vueltas en un cilindro? Ya no sabía ni siquiera donde había quedado el boquete de su propio túnel. Debía de ser muy tarde. Siempre había adelantado como un minuterero de reloj: de pie, perdió también la noción de tiempo. Lo prudente hubiera sido volverse. Algo le dijo: "ahora o nunca". Y se decidió a cavar hacia arriba, saliera donde saliera. Con el trapo hizo una pelota y la arrojó al techo. Chocó, muy cerca. Picó escalones, para llegar al tope; y una vez allí, furiosamente, desesperadamente, cavó y cavó. La boca se le llenaba de tierra. Las manos le dolían. La tierra estaba húmeda, cada vez más húmeda.

Enero 20, 1951.

Tocó raíces. Le pareció tocar también una lombriz. Y al dar un golpe la piqueta penetró blandamente y una lluvia de terrones le cayó sobre los párpados, sobre las mejillas. Bocanada de aire fresco, fragante a menta. Cuando abrió los ojos vió que iba saliendo debajo de la amplia copa de un arbusto. El follaje, extrañamente verde a esa hora, se entretejía, fino, leve, con las luces del cielo: en silueta sobre el disco de luna cada rama confesaba su delgadez, cada hoja su soledad. Se asomó. La muralla, gorda, blanda, bañada de luna, había quedado dos pasos atrás. En el horizonte se anunciaba el alba. ¡Cuidado!: arriba, en su garita, estaría el centinela, escopeta al hombro. Calculó bien. Esta vez no fallaría. ¡Por fin, por fin! Retrocedió en el subterráneo—en el subterráneo secreto que los jesuitas habían construido en el siglo XVII, entre la iglesia y las casas del río—y cavó otra vez, ahora debajo de los cimientos mismos de la muralla. Era lo que siempre había querido: comunicar su laberinto con la muralla, abrirle una vena hasta que pudiera, de noche, pasear libremente por todo el manicomio.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Fragmento de "Los Abuelos"

PRIMERA LEYENDA

Entonces no había ni gente, ni animales, ni árboles, ni piedras, ni nada. Todo era un erial desolado y sin límites. Encima de las llanuras el espacio yacía inmóvil; en tanto que, sobre el caos, descansaba la inmensidad del mar. Nada estaba junto ni ocupado. Lo de abajo no tenía semejanza con lo de arriba. Ninguna cosa se veía de pie. Sólo se sentía la tranquilidad sorda de las aguas, las cuales parecía que se despeñaban en el abismo. En el silencio de las tinieblas vivían los dioses que se dicen: Tepeu, Gucumatz y Huracán, cuyos nombres guardan los secretos de la creación, de la existencia y de la muerte, de la tierra y de los seres que la habitan.

Cuando los dioses llegaron al lugar donde estaban depositadas las tinieblas, hablaron entre sí, manifestaron sus sentimientos y se pusieron de acuerdo sobre lo que debían hacer.

Pensaron cómo harían brotar la luz, la cual recibiría alimento de eternidad. La luz se hizo entonces en el seno de lo increado. Contemplaron así la naturaleza original de la vida que está en la entraña

de lo desconocido. Los dioses propicios vieron luego la existencia de los seres que iban a nacer; y, ante esta certeza, dijeron:

—Es bueno que se vacíe la tierra y se aparten las aguas de los lugares bajos, a fin de que éstos puedan ser labrados. En ellos la siembra será fecundada por el rocío del aire y por la humedad subterránea. Los árboles crecerán, se cubrirán de flores y darán fruto y esparcirán su semilla. De los frutos cosechados comerán los pobladores que han de venir. Tendrán en este modo igual naturaleza que su comida. Nunca tendrán otra. Morirán el día que llegaren a tenerla distinta.

Así quedó resuelta la existencia de los campos donde vivirían los nuevos seres. Entonces se apartaron las nubes que llenaban el espacio que había entre el cielo y la tierra. Debajo de ellas y sobre el agua de la superficie, empezaron a aparecer los montes y las montañas que hoy se ven. En los valles se formaron macizos de cipreses, de robles, de cedros y de álamos. Un aroma agrio y dulce se desprendió de estos bosques de riquísima savia. Luego fué abierto el camino que dividió el espacio seco del espacio húmedo.

Al ver lo hecho los dioses dijeron:

—La creación primera ha sido concluída y es bella delante de nuestros ojos. En

seguida quisieron terminar la obra que se habían propuesto. Dijeron entonces:

—No es bueno que los árboles crezcan solos, rodeados de sombras; es necesario que tengan guardianes y servidores.

De esta manera decidieron poner, debajo de las ramas y junto a los troncos enraizados en la tierra, a las bestias y a los animales que abajo se dicen, los cuales obedecieron el mandato de los dioses, pero permanecieron inertes en el lugar de su nacimiento, como si fueran ciegos e insensibles. Ambulaban sin orden ni concierto, tropezándose con las cosas que encontraban a su paso. Al ver esto los dioses dijeron:

—Tú, bestia, tú, animal, beberás en los ríos; dormirás en las cuevas; andarás en cuatro patas y tendrán la cabeza gacha; y, en su día, tu lomo servirá para llevar carga. Y por todo esto no te resistirás ni harás alarde de rebeldía ni siquiera de cansancio. Tú, pájaro, vivirás en los árboles y volarás por los aires; alcanzarás la región de las nubes; rozarás la transparencia del cielo y no tendrás miedo de caer. Y así te multiplicarás y tus hijos y los hijos de tus hijos harán lo mismo y seguirán, en todo, tu ejemplo y tu gracia.

Las bestias, los animales y los pájaros cumplieron con lo que les fué mandado; las primeras buscaron sus guaridas; los segundos sus prados; y los pájaros hicieron, entre los ramajes, sus nidos. Cuando estos seres estuvieron tranquilos en los sitios de su agrado y conveniencia, los dioses se juntaron otra vez y dijeron:

—Todo ser bruto debe estar sumiso dentro de su mundo natural, pero ninguno ha de vivir en silencio, que el silencio es desolación, abandono y muerte.

Luego, con voz que retumbó por los ámbitos del espacio, uno de los dioses los llamó y les dijo:

—Ahora, según vuestra especie, debéis decir nuestros nombres para que sepáis quién os creó y quién os sostiene. Habladnos y acudiremos en vuestra ayuda. Así sea hecho.

Pero los tales no hablaron; sin saber qué hacer se quedaron atónitos. Parecían mudos, como si en sus gargantas hubieran muerto las voces inteligentes. Sólo supieron gritar, según era propia de la clase a que pertenecían. Al ver esto, los dioses, dolidos, entre sí dijeron:

—Esto no está bien; será forzoso remediarlo, antes de que sea imposible hacer otra cosa.

En seguida y después de tomar consejo, se dirigieron de nuevo a las bestias, a los animales y a los pájaros, de esta manera:

—Por no haber sabido hablar conforme a lo ordenado, tendréis distinto modo de vivir y diversa comida. No viviréis ya en comunión plácida; cada quien huirá de su semejante, temeroso de su inquina y de su hambre, y buscará lugar que oculte su torpeza y su miedo. Así lo haréis. Sabed más: por no haber hablado ni tenido conciencia de quiénes somos nosotros, ni dado muestras de entendimiento, vuestras carnes serán destazadas y comidas. Entre vosotros mismos os trituraréis y os comeréis los unos a los otros, sin

repugnancia. Este y no otro será vuestro destino, porque así queremos por justicia que sea.

Al oír esto aquellos irracionales se sintieron desdeñados y quisieron recobrar la preponderancia que habían tenido. Con esfuerzo ridículo ensayaron una posible manera de hablar.

En este ensayo también fueron torpes, pues sólo gritos salieron de sus gargantas y de sus hocicos. Ni siquiera lograron

entenderse entre sí; menos pudieron salir del compromiso en que se encontraban delante de los dioses. Entonces éstos los abandonaron a su suerte, entre la maleza y la inmundicia en que se debatían. Allí se quedaron resignados, soportando la sentencia que se dictó sobre ellos. Pronto serían perseguidos y sacrificados y sus carnes rotas, cocidas y devoradas por las gentes de mejor entendimiento que iban a nacer.

ERMILO ABREU GÓMEZ

Agua Lejana

—Allí está, entre los árboles
¿mirando qué? ¿Tú sabes lo que mira?
—No mira nada. Si no tiene ojos,
y además, está fija.

¡Quién viera el agua
que se adivina
entre los árboles!
¡Cómo ha de estar viva
de plata, serena
y henchida
de luz alta celeste
caída por un aire frío
de noche.

Vacila
en la rama la hoja,
en la hoja la semilla,
en el camino una piedra
pedrita piedrecilla
que se quedó por la rueda
del auto destranquilada.
Así ha de vacilar
la luz de arriba
que por los aires
gira que gira,
y que girando baja
como la hoja, como la hojita
hasta el punto de tierra
donde se fija.
Pero ¿dónde está al agua
que se adivina
entre los árboles?
¿Dónde llega a la orilla?

¿Dónde se parte en sordas
pequeñas aristas?
¿Dónde, que no se ve
detrás de esa cortina
de verdes y amarillos
que me la quitan?

Ay, quién mirara el agua
por ella misma,
para estarla mirando
quieto, sin prisa;
como luego, más tarde,
como algún día
he de mirar la muerte
cuando Dios diga.

EUGENIO FLORIT

N. Y., diciembre, 1950.

Rostro de la Cocinera

Los pliegues espesos de la sombra
uno tras otro en el fogón descenden
atados con hilos de fanática llama.
Vuelve la cara contra el poniente rojo de los álamos
absorta en el frío furor de su roca
y el piadoso aroma de la madera y de los alimentos
como el polvo sobre sus hombros cae dormido.
La obstinación de su vida en esta tarde
sobrepasa el aroma que dan la cebolla y el aceite
para ungir su pelo roto en la demencia de la ceniza.
Inmóvil entre brutales cacharros
acepta el homenaje que le ofrecen las cosas
en el húmedo silencio de esta tarde.
No son sus arrugas una escritura sacra
ni se resigna el abismo de su aliento al esplendor
de unos símbolos,
pero en su anónimo rostro se rompe la magnífica marea
del año.

ELISEO DIEGO

La Habana, 1950.

Espirales del Cuje

Entonces, ya no había nada más que preguntarle por sus tiempos en Casimbalta y el abuelo se ponía a hablar con una enorme viveza—"parece joven otra vez", decía Jísabel—resbalándole la alegría por aquellos cuentos:

—Cará, que nõ sólo eran malos estos tiempos para cuando estábamos en Casimbalta, sino también cuando íbamos arriando el ganado, en que era el mismo demonio. Que todas esas vaquitas malas que tú has visto arriar por el pueblo, no es nada.

¡Ah!, aquello sí era ganado, que mi padre se dedicaba al arriaje y lo traíamos desde "El Paraíso" y lo llevábamos hasta Matanzas. Cará, que tenían que tener buenas uñas aquellos gavilanes de peones; como Perico Zanabria, que fué el mulato que mejor arriaba en el Sinú y que vino con nosotros varias veces.

Yo recuerdo que al oír este nombre de Perico Zanabria y al oír de su arriaje en el Sinú, me venían, asaltándome con una fuerza que yo creía salida de ese mismo nombre de Zanabria—tan de guajiro del Sinú—el frescor de aquellos campos por donde había nacido mi padre y el recorrido a caballo que por ellos hice, con mi tío Juan, después de la muerte de mi padre; sí, pocos meses después de su muerte, mi tío, ya con los caballos listos, me dijo: —Vamos a ver donde nació tu padre

—y me fué enseñando, con su minucia seca, el pozo donde habían jugado, la mata de mango en que mi padre tiraba flechas, la casa de Dueñas; después de esto, mi tío nunca volvió a hablarme de su infancia.

Y ahora, mi abuelo me abría con sus palabras todo ese mundo que para mí tenía la palabra Sinú. Abriéndola, con tanto mayor desconcierto para mí, cuanto que este nombre del Sinú, unido en mi recuerdo a la familia de mi padre, me parecía fantásticamente alejado de mi abuelo, tan en su barrio de Rovira. Estas diferencias tremendas, me fueron reveladas el día que mi tío Juan me habló de la llegada al Sinú "de tu abuelo Don Pablo Travieso", de la llegada "cuando tu padre y yo éramos chicos". Dato que era para mí de deliciosos matices, al unir tantos sabores dispares al conjuro del jineteo de mi abuelo.

"Pues sí, amigo, que tu padre lo debe de haber conocido, que era Zanabria, del Sinú. Y nos estábamos con él el tiempo malo del arriaje, como cuando el peón de caballos, González, se cayó y le pasó todo el ganado. Que eran tremendos estos arriajes y a veces en vuelta de Güira nos teníamos que parar unos cuantos días para buscar el ganado que andaba revirado. ¡Ah!, en ese trancadero de Güira, que se llamaba... déjame ver... sí, Río de Auras,

que los otros dos trancaderos lo eran Navajas y Encrucijada; porque por el que se llamaba Corrafalso, no íbamos nunca, qué va, que ahí sí que había bandoleros. Mira, el gallego Manuel, que anda tan fino ahora, era cuatrero, pero cuatrero de los malos, por allá por Corrafalso.

El abuelo parecía que iba a dejar de hablar, pero, de pronto, empezaba a sonreír con malicia y decía: —Pues, en aquel trancadero de Río de Auras tuve yo una *equivocación* con una prieta de por allí...

Sí, que el ganado andaba desbandado y tuvimos tres o cuatro días para aquí y para allá, envuelta de él; como tuve que estar por aquellos cortornos, conocí a la prieta y... tuvimos la *equivocación* —el tono de mi abuelo era lo más deliciosamente serio que se pudiera imaginar, aunque con una sonrisa que lo llenaba todo—y eso nada más, hizo que los guajiros de por allá, empezaran a maliciarme el contento... Que hay guajiros que en cuanto ven a uno que viste bien y que anda en otras cosas..., se ponen a echarle ojos de envidia. Y eso no fué nada, que el último día o el día anterior del que habíamos recogido el ganado, hubo un guateque por la casa de los Menas. Estos Menas, chico, eran gente buena, gente como Dios manda, pero que tuve la mala suerte de que ese día dieron la casa para el baile y se fueron. Y como los que venían en el arriaje conmigo se habían quedado para dormir, me tuve que ir solo y aquello fué el demonio.

"Porque no hice nada más que entrar

en el baile y me olí el ambiente malo. Y así mismo fué. Que ¿usted sabe lo que pasaba, amigo? Que nosotros los Traviesos, siempre fuimos gente que nos gustaba andar bien; que cuando yo iba a cualquier parte se me iba el dinero como agua; y me vestía para salir, pues bueno, con sastres de Matanzas.

"Y además, que nunca fuí hombre de grupos, no; que yo siempre hice mis cosas solo. Porque en todos estos lugares partía en seguida para el hembraje, sin andarme con cuentos ni habladurías.

"Pero bueno, te digo que me olí el ambiente malo; y fué peor la cosa cuando resulta que se rifa el acordeón de la orquesta y me lo saco yo. Pero yo dejé el acordeón y seguí en el baile, hasta que paso por un grupo grande y oigo que decían:

—De ahonde habrá salío este guabairo.

—¿Usted sabe, amigo, lo que es un guabairo?

Con su pregunta, la mirada del abuelo, que a mí no ha dejado nunca de desconcertarme un poco; así que haciendo valentía, contesté:

—No... Creo que no...

El abuelo entonces, atenuando su mirada para descanso mío, decía:

—Guabairo es un pájaro de laguna.

"Pero como si esto fuera poco, al ponerme a bailar, oigo que del maldito grupo vuelve a salir el "¿de ahonde habrá salío este guabairo?" Y ahí mismo ya no pude más amigo; así, esperé que terminara la pieza, y una vez todas conmigo, me fuí

derechito para el grupo, y de ellos llamé al que más me andaba cargando. ¡Qué mira!..

Con esto, el abuelo se ponía a pensar intensamente, hasta que volvía a decir:

—Qué mira, el que yo llamé fué Castellano. Que después se casó con una hermana de tu padre, con Rosita Rubí. Y bien, que después de esto fuimos buenos amigos los dos, pero en aquel momento la cosa andaba mal. Así que nos fuimos para el patio de la casa y allí, en unas matas de mamoncillos que había, le dije: —Oiga, amigo, está usted con un *guabairo* y con un ¿de ahonde habrá salido este guabairo?; así que yo quiero que usted me explique ¿qué guabairo es ese? Y diciéndole esto, ¡ay muchacho!, me saqué del bolsillo—que para todas partes yo me lo llevaba—el revólver mío, que hacía temblar a Yara. Y viéndolo, ¡ja!, fué el mismo demonio el que vió Castellano, que dió el muy condenado un salto que por poquito lo aturde contra la mata de mamoncillo.

“Pero entonces, parece que por el baile habían caído en cuenta de la pérdida de nosotros. Y en aquel mismo momento se apareció todo un grupejo de gentes, con el asturiano Rolando, que estaba a cargo de la bebida.

“Bueno, pues, que se pusieron ahí, dale que te dale y, nos separaron a los dos. Pero chico, ya yo tenía mala sangre y como el hembraerío andaba de reajo, me volví para donde estaba el asturiano Rolando y le dije que me dieran el acordeón

que me había ganado. Figúrate, el asturiano vió a la misma muerte; porque el acordeón era el único que había en el baile y llevándomelo yo, se acababa la danza. Pero, no me valieron ruegos y me fuí con él.

“Asimismo, muchacho, se acabó la danza. Mira que después, cuando yo se lo conté a los muchachos del arriaje, me estuve hasta un mes riéndome con ellos; porque fué el demonio mismo cuando aquellos guajiros vieron que yo me llevaba la música. Y las viejas comentando y llevándose el hembraje por los trillos. Pero lo que más me hizo reír fué Doña Petra González; ésta..., no..., no, tú no la pudistes conocer; pero ella se hizo más tarde amiga de tu abuela; porque ella vino a vivir por cerca de aquí, con unos entenados que tenía en Jabaco. Pues bien, esta Petra estaba que echaba chispas, y cuando entre varios guajiros la lograron montar en la silla del caballo, decía con voz fañosa:

—Lo que hizo este Travieso, no tiene perdón de Dios.

“Después, seguíamos el arriaje; casi siempre hasta Matanzas; que ahí fué donde conocí a tu abuela.

Mi abuela parecía que revivía con esto, y decía tan en animación:

—Que más tarde ella vino a vivir a Jabaco y ahí empezamos las relaciones. Que mira, muchacho, que no había como tu abuela para hacer los vestidos de novias y para animar cualquier festejo; tenía su gusto y había visto sus cosas, así

que toda la guajirería venía a consultarle. Sí, muchacho, que no había familia de aquellos contornos que no quisiese a tu abuela.

Era raro oír en mi abuelo estas referencias, estos toques tiernos; pero él ya la evocaba en aquellas tardes, o si no se iba a la casa de Juanita Toro, la única hermana que le había quedado a mi abuela. Juanita Toro, que ya tenía que andar con muletas, estaba—al igual que Jísabel—constantemente quejándose de los vecinos y de la sordera de mi abuelo; que es lo que ella decía:

—Que lo que pasa con Pablo es que no oye nada y toda la vecinería se va a enterar de los cuentos de la familia.

Sí, él la evocaba como no podían de hacer menos todos los Traviesos, que era lo que todos decían, “cuando la vieja se muera, la familia se acaba”. Porque ella, con su fuerza de hija de isleños y con sus nervios de delicias. (Cuando había algún familiar de visita que a ella no le gustaba, se sentaba en la cama y decía: —Es por aquí, por la cabeza; es como una cosa pequeña la que tengo. ¡Ay!, si me la quitaran, yo pudiera andar hasta a caballo. Que llamen a Tato. Y eran tantos los gritos y las lamentaciones que el familiar, inútil ante aquella algarabía, decidía abandonar el cuarto; éstas eran las grandes victorias de mi abuela, que poco rato después dormía plácidamente. —Sí, y las mañanas, con su tedio y sus quehaceres cotidianos, ponían de muy mal humor a mi abuela; así que ella, quizás in-

conscientemente, decidió liberarse, con su pertarse, aun debajo del mosquitero, em-enfermedad, de todo ese sopor; y al despezaba a decir que llamaran a todo el mundo, que ella estaba al morir; y de tal modo hizo y repitió esto que una sobrinita que con ella vivía, ya al oír la despertarse, salía a la calle e iba a buscar a los tíos. Y con esto se liberaba mi abuela de la pesadez de las mañanas pueblerinas, pues cuando llegaba mi tío, ya le estaban preparando el tilo o el cocimiento de cundeamor, y con esto, mi abuela tenía el suficiente festival: pues eran las hijas en la cocina preparando “el remedio para los nervios”, y ella que se estaba habla que te habla con mi tío: —¡Ay, esta cabeza mía! Que yo me muero hoy. —Y mi abuela se ponía las manos en la cabeza quedándose un rato sin decir nada. Pero poco rato después se acordaba de alguna noticia tremenda del pueblo y empezaba a contarla:

—Qué, ¿tú te enterastes de la gente de la Habana que vino ayer para el ingenio? ¿No? Que por aquí pasó de lo más apurado ese Candelario González, que tú sabes que para cualquier sinvergüencería está dispuesto. Y cuando yo lo vi—aunque tengo esta cabeza como la tengo, ¡ay!—me dije: Hoy va haber gordas en el pueblo... María, Elvira, pero ¿por qué no me traen el cundeamor?, ¿es que me van a dejar morir?) nos había entregado todo el peso de la familia; y en sus escándalos, en sus enfermedades, en sus consejos, estaba ese sabor de la familia,

que no podía menos de escapárenos cuando ella ya no estuviera entre nosotros.

Es que todo, en mi abuela, tenía dimensiones tremendas; como cuando ella iba a salir de viaje, en que aquella enorme casona vieja daba la más increíble sensación de conmoción y toda una legión de familiares venía desde por la mañana a vestir a abuela, a prepararla para el viaje. Ella, aprovechando esa atención anómala en la familia, daba sus mejores notas, despidiéndose de sus vecinos..., despidiéndose definitivamente, "porque de este viaje ya no vuelvo más". Y ¡qué cosa tremenda cuando mi abuela iba a salir de la casa!; vestida de negro, acompañada por las hijas y lloriqueando; el chofer Jacinto, que se quitaba el sombrero y le decía: —Señora, vamos—pero mi abuela en el colmo de la emoción, sólo atinaba a repetir: —¿Por qué no me dejan morir en Jagüey, hombre? Así, pues, se la colocaba en la máquina, en aquellas mañanas tan alegres en que se oía al frente, en la escuela municipal, el griterío de los muchachos repitiendo la tabla de multiplicar. (Sí, en aquellas mañanas que quedaron en mí con su soplo húmedo, con su no sé qué de *empezar de nuevo...*, porque, aunque lejanas en el tiempo, siempre se me aparecen como un comienzo. Sensación esta, como de principio..., que también la he saboreado en los campos. Recuerdo una caminata que hice por en vuelta del Sinú y al tratar de analizar aquellas sensaciones de la mañana en el campo con sus pájaros escondidos y ese

inmediato que tienen los árboles..., me sugería todo eso, como una memoria obsesiva, la esplendidez nostálgica de un mundo que no hubiese sido vivido; *enteramente* nuevo. Sensación obsesiva, en cuanto que no era el recuerdo ofreciéndome, arañándose una ausencia nostálgica, como lo eran los cuentos de las comadres o las historias de Casimbalta; sino que esta especial sensación de la mañana que a veces sentía yo por aquellos campos, me entregaba un mundo que sabía obstinadamente desierto, *nuevo* siempre. Y digo *nuevo*, porque esta palabra tenía para mí también, un eco distinto, una distinción de plenitudes maravillosas. Así, pues, era la mañana soplándonos su sordina, sus encantos, como un demonio sutilmente escondido en esos parajes, que yo sabía, para mí, *especialmente desiertos*) y mientras Jacinto iba disponiendo las maletas atrás, en aquel viejo automóvil que sugería películas silentes, alguna vieja vecina, con su vestido largo y su moño recogido, venía a consolar a Abuela, diciéndole que quizás el viaje le hiciera bien.

Sí, la casa de los Abuelos, en el recuerdo, tan cortada de imágenes hirientes. Cortada por aquellas mañanas invernales hechas de caminantes y de humo; cortada por la fijeza del recuerdo, obstinado, como el de la madrugada del día en que iban a enterrar a mi Abuela; y la casa de ella, vista a esa hora, desde lejos, con aquellas espantosas lucecitas de los velorios. Sí, era caminar por las ca-

lles del pueblo, a estirar las piernas, como cualquier madrugada del pueblo; sí, como cualquier madrugada, tan espléndidas, con su sensación de cristal, de *nieve*, en que el sutil revolotear de los árboles parece como abejas en sordina; era recordar, en tal portal una mañana de mi infancia, con el sabor de mis lecciones de piano y los álamos de frente a casa que me hacían señales alegres, de promesas para cuando terminara la tarea; era descender por el recuerdo de los árboles, que me traían mis juegos y aquel salir corriendo—¡tantos niños!—y ese sentirse abierta la camisa y ese sudor de la carrera como si persiguiéramos un demonio de humo. Ah, sí, pero ya en aquella madrugada, era toparse con la casa de mi Abuela y era ver desquiciada su exquisito intimismo, con aquellos sus muebles en el portal (esos muebles de los velorios, secos, en legiones, como guardias tiesos; y que vamos buscando entre sus filas a aquel que de entre todos ellos tiene una señal para nosotros; señal, como las astas que tenía marcadas el sillón grande de la sala y que en aquella noche en que yo veía a los cocuyos por el patio me dije que aquellas astas eran como la comunión con aquella noche y que el verlas me entregaría siempre un especial intimismo confesional. Sí, y aunque yo me avergonzaba de estas mis locuras, de tal modo que no hubiera sido capaz de contárselo a nadie, ni hubiera podido siquiera haberle encontrado principio al relato, si lo hubiese querido contar; al pasar por aquel

sillón, yo siempre miraba sus astas marcadas, y me parecía que ellas eran como su expresión y que contestaban a mi saludo. Señal, que al encontrárnosla en aquel momento, nos entrega una enorme extrañeza al ver al mueble que la posee entre todos los demás, con su bochornosa postura, tan tiesa y la casa anómalamente encendida; eran los viejos muros de la casa, tan secos ya por las lluvias, con sus viejas tejas llenas de pinticas negras y adonde se empotraban las viejas ventanonas con sus hierros y su altura; los muros, por donde se desquiciaban los recuerdos como niños enloquecidos, corriendo por días y estaciones y trayendo, ya la Noche Buena en que todos los nietos íbamos a darle la *serenata* a Abuela, ya las mañanas que íbamos para la escuela; y ahora, esos mismos muros, en el rocío de la madrugada, parecían entregárenos a la visión como si ya jamás volviéramos a verlos, dándonos aquella su espectral visión en la mañana como para señalarnos así su definitiva ausencia y su presente sabor de nostalgia en el recuerdo.

Sí, eran todas aquellas ausencias que traía la muerte de mi Abuela, en que como en un caleidoscopio, durante su vela, íbamos recorriendo todo el pasado de la casa; toda aquella Casimbalta que yo no vi. Y era conmovedor la llegada de aquellos guajiros de Rovira, la llegada de los Toros, y mi Abuelo en su postura de siempre.

Porque mi Abuelo seguía, finamente porfiado, en su dureza. En esa dureza que

en los viejos compadres fué una virtud tan guajira, una virtud como su cortesía perdida y su manera anchota de saludar. Dureza de sus manos amplias, como la misma expresión de su destino; dureza en tan pequeñas cosas: en la manera de coger su sombrero, de preparar los pequeños detalles; dureza... en su ternura, en la manera de consolar, en la manera pobremente grotesca de sus pésames, en el venir acompañar "para la desgracia".

Aquellos guajiros con sus maneras cordiales y sus mujeres dispuestas: viejas comadres que para todo servían, y se las podía ver en la cocina para preparar su "buche de café", o "su poco de tilo", y se les veía con sus cuentos, mientras sus manos espléndidas repasaban el pañuelito que tenían en las faldas y adonde había siempre algunas monedas.

Entre ellos quedaba mi Abuelo, contando sus andanzas por los taburetes del patio. Mi Abuelo que los recibía en el tono de gran familia; sí, él quedaba entre ellos y nos ofrecía el discurso de su vida guajira, de la tierra de Rovira, de las mañanas espléndidas del campo. El quedaba entre ellos y con esto saltaba a nosotros por todos los pequeños deta-

lles de su mundo: la montura tirada por el patio, su machete viejo y las campanas amarillas que mi Abuela se había traído de Méjico. Y saltaba y saltaba sobre nosotros, poblado por los ecos de los cuentos y la sutil sordina de sus cuentos. Si, ya él quedaba allí, definitivamente conversando con los viejos guajiros de Rovira, y toda su imagen y su ausencia venía a decirnos de la leyenda de los campos, de la extraña poesía que era Casimbalta para mí. Esa poesía de los cuentos oídos de mi madre, de mis tías; esa fantástica llegada al pueblo de los Traviesos, todo ecos, como un delicioso historial de leyendas. Sí, mi Abuelo quedaba en Casimbalta, sin percibir más ningún aire que aquel que tenía el sabor del pozo y de las matas por donde se trepaban los muchachos; sí, él quedaba allí, sin más acento, sin más sabor que el que daba el sonido de los viejos arrieros o la llegada de José León por el trillo principal. Definitivamente, en el recuerdo, como la leyenda del viejo Coronel Toro Tejerda. Trayéndome esa Casimbalta que yo nunca vi, trayéndomela con su sabor de tierra, con su sabor de cuento, en el puro intimismo de su ausencia.

LORENZO GARCÍA VEGA

Poemas de "Regalo de lo Profundo"

LO OLVIDADO

Yo sueño, sol y luna, sueño bajo la sombra del árbol que crece en un beso, y escapo como un pájaro sin canto desde un nocturno racimo de música. Yo sueño, y un rayo de nieve y una ola y una mano estelar envuelta en llamas con una rosa inmóvil me reúne. Nada sé decir después que sueño; mi sangre tiñe hoja por hoja y con dulzura.

PRIMAVERA SECRETA

Ya no tropezarán nuestros pies con el viento abatido, ni la noche nos tirará piedras, ni el sol habrá de fatigarnos con tanta madurez. Lejos del punzante vacío y la inaudita perfección de las estrellas, lejos de la blancura eterna del océano, lejos del hedor y de la gran migaja oscura de la tierra, lejos de cerca. Por encima del brochazo de cal, por encima del mármol, cuando un ramo de amor en una primavera de nuestro corazón se desate.

Poemas

PECADO es distracción es distraernos
del vacío que sentimos en lo
irreal de las formas vividas
Vacío el sendero hacia un cielo
total de variaciones infinitas
del azul o hacia otro rumbo
de la llama diferente en sí
el mar renovándose
en su informal progreso de faz.

Antes hablaba yo de belleza
belleza hablada por otros antes
la que tenía que comprender
ahora sólo sé esto que ocupa
mi sér total sin antes
tampoco después un tapiz
sin bórdes.

Ahora cada lienzo nieva
para cada paisaje
Por poquito me muero
no es que quiera decir decir o hablar
Por mi ventana veo que ha escampado
un pañuelo de mi mesa
en descuido
cae
al suelo
y empiezo a recordar
es decir a pensar
las sábanas de cuando enfermo con ellas
yo jugaba inflándolas.

EL RUISEÑOR

PARA LUCINDA URRUSTI

De ramo en ramo, saltando entre los ramos
en el silencio del mar hallados y cortados,
en dos pequeños árboles de sol y espuma,
en dos hojas finales donde el mundo amanece.
(Salto de pájaro, sobresalto de amor.)
Desde unos ojos cae, desde un follaje
trémulo cae y encuentra su nido.
Encuentra su nido de llamas y tiniebla,
de joyas instantáneas, de secretos
su nido donde el agua y la música se encierran.
Desde un follaje cae, desde los ojos
al corazón profundamente cae.
Pájaro que ya habitas otro invisible follaje,
habitas para siempre y en él cantas.

JAVIER SOLOGUREN

A JUAN GRIS

Mar mantel mesa
oscura la caoba alegría
el tablero ordenado cuadrado
Violín de caderas
cortadas por cuerdas
y los ángulos repitiéndose
perdiéndose en la luz
en el espacio que muere negro
y renace y se procrea desborda
en el ojo
Botella copa clara gota
como mirar a las estrellas ordenadas temblando.

EDMUNDO DESNOES

Existencialismo y Ética

Dos interpretaciones de la ética, de señalada importancia en el momento actual, han sido las escogidas por nosotros para concluir el presente ensayo de presentación de la filosofía existencial,⁽¹⁾ a saber, las de Heidegger y Sartre; aunque es conveniente aclarar que en ninguno de ellos es posible encontrar hasta ahora una sistemática elaboración del fenómeno moral en sus diversas implicaciones, pues tanto Heidegger en su impresionante *Ser y Tiempo*, como Sartre en su opúsculo titulado *El existencialismo es un humanismo* ofrecen sólo esporádicas y muy fragmentarias alusiones al problema de la ética. Mas como, a pesar de todo esto, sus respectivas posiciones filosóficas han determinado profundas modificaciones en el planteamiento de las cuestiones afectas a la moral, no debe pasarse por alto este importante detalle, y en consecuencia mostrar, bien que muy esquemáticamente, aquellos puntos en los cuales es posible apoyarse para la determinación de una posible ética en cada uno de dichos pensadores.

Ahora bien, la moral existencialista en la generalidad de los casos y muy especialmente en los de Heidegger y Sartre afirma como su punto de partida el problema

(1) Este trabajo constituye parte de un capítulo del libro en prensa *Filosofía de la vida y Filosofía existencial*.

de la *libertad*. De modo que en la exposición subsiguiente de los puntos que consideramos básicos respecto de la ética en ambos pensadores, damos el primer lugar al mencionado problema.

1. *La libertad como punto de partida.*

La libertad, según Heidegger, carece de toda efectividad y, en modo alguno, tal como lo presupone el librearbitrismo cristiano, puede conducir a un destino superior al de nuestra originaria condición. Lo cual se debe a que el hombre no es dueño de su comienzo ni tampoco puede escapar a su definitiva disolución en la muerte. Ahora bien, el ser humano puede abroquelarse en la certeza de su inevitable finitud radical y admitir en consecuencia que la *libertad* es exclusivamente la insoslayable posibilidad de un definitivo acabamiento, es decir, que es sólo libertad para la muerte (*Freiheit zum Tode*), o bien puede sumirse en el mundo de la existencia cotidiana y tomar por verdaderos valores lo que sólo puede ser, en cada caso, una manifestación mundana, propia de la vida inauténtica. En consecuencia, la libertad sólo puede engendrar el renunciamento, y cuando este renunciamento, este darse totalmente por vencido, se ha realizado a la perfección, la conciencia de nuestra propia impotencia despierta en nosotros

el sentimiento de un extraordinario poder.

Eso es, en síntesis, la libertad para Heidegger. Para Sartre, en cambio, "la libertad a través de cada circunstancia concreta no puede tener otro fin que querer a sí misma, si el hombre ha reconocido que establece valores, en el desamparo no puede querer sino una cosa, la libertad, como fundamento de todos los valores".⁽²⁾ Y es aquí donde Sartre se separa de Heidegger, de un modo que no deja lugar a dudas, ya que esta manera que tiene Sartre de concebir la libertad empalma inevitablemente en cada caso con el *acto* y con su consiguiente *sentimiento* de realización, mientras que en Heidegger hay sólo un acto, el único de donde se origina la libertad. Según Heidegger, el acto constitutivo de la trascendencia, en el cual el *Dasein* se pone a sí mismo como *ipseidad* y pone a su vez al mundo, no es como cualquier otro de los actos que el hombre lleva a cabo constantemente—actos de conocimiento, de juicio, de recuerdo, etc.—, sino que, por ser el acto fundamental que *pone* la ipseidad, y por consiguiente la existencia humana, condiciona todos los demás actos. Sartre, en cambio, sostiene que "el sentimiento se construye con actos que se realizan; no puedo, pues, consultarlos para guiarme por él. Lo cual quiere decir que no puedo ni buscar en mí el estado auténtico que me empujará a actuar, ni pedir a una moral los conceptos que

(2) J. P. Sartre: *El existencialismo es un humanismo*, Sur, B. A., 1947, p. 72.

me permitirán actuar".⁽³⁾ No es, en consecuencia, posible un condicionamiento o una predeterminación de los actos que forman la existencia humana por ese acto originario que funda o pone en la trascendencia la ipseidad o realidad prima del existente que es el hombre.

Ahora bien, la tesis sartriana de los actos es completamente opuesta a la de Heidegger, pues mientras el primero hace descansar la condición fundamental del *Dasein*, es decir, su existencia en los actos que van tejiendo el entramado que en definitiva ha de constituir esa existencia, Heidegger, por su parte, hace depender la actuación de un acto previo originario y por lo mismo fundamental—el acto por el cual el *Dasein* pone su propia ipseidad. De suerte que aunque en Heidegger queda abierta la posibilidad de una sospecha de que él admite algo así como una *esencia* originaria y a la vez originante del existir del hombre (de la cual dimanarían todos los restantes actos de éste), y en Sartre, por el contrario, no hay tal esencia, tal cosa sólo puede darse en apariencia, porque, si se profundiza en la cuestión, se advierte que en tanto que para Heidegger ese *acto primordial* fundamentante del *Dasein* es a la vez la predeterminación ontológica de su imposibilidad de rebasar *efectivamente* ese acto, en Sartre sí hay la posibilidad de realizarse como circunstancia en cada caso, puesto que son esos actos los que integran el existir como tal.

El acto como determinante del senti-

(3) *Ibid.*, p. 41.

miento—tal como aparece en Sartre—difiere esencialmente del acto en Heidegger, además de lo ya dicho, en otro aspecto de extraordinaria importancia. Para Heidegger todo acto *posterior*—desde luego—al acto primordial es siempre e inevitablemente una virtual negación de ese acto primordial, ya que conduce, en definitiva, de la autenticidad a la inautenticidad, mientras que para Sartre la autenticidad viene dada por la suma de los actos que determinan a todo sentimiento y en definitiva trazan la vida de cada cual. Así, en síntesis, para Heidegger, del sentimiento originario (*Befindlichkeit*) a los actos de la cotidianidad (*Alltäglichkeit*) hay un decrecimiento de la existenciabilidad; mientras que para Sartre, muy por el contrario, en la cumulativa de los actos, que son los que fundan todo sentimiento, reside la posibilidad de la integración de la existencia.

2. La condena de ser libre.

Tanto Heidegger como Sartre postulan como indiscutible que [la libertad es una *condena*. El hombre, en efecto, no puede escapar a la imposibilidad de la posibilidad de ser libre, de modo que, auténtica o inauténticamente, ha de ser siempre eso a que está condenado en razón precisamente de su condición existencial.] Pues si el hombre, la única existencia de que cabe hablar con propiedad, no puede realizarse a menos que se *trascienda*, es decir, a menos que se constituya a sí mismo como

ipseidad—y esta ipseidad es la que posibilita y determina todos los demás actos del hombre—, la libertad es el hombre mismo, porque no puede ser lo que es si no se constituye como sí mismo (*ipse*) y es justamente la libertad la que produce esa constitución.

Sartre, por su parte, se expresa así, respecto de la libertad en el hombre. "Estamos solos, sin excusas. Es lo que expresaré diciendo que el hombre está condenado a ser libre. Condenado, porque no se ha creado a sí mismo, y sin embargo, por otro lado, libre, porque una vez arrojado al mundo es responsable de todo lo que hace."⁽⁴⁾

Aunque, en este respecto, parecen coincidir casi perfectamente ambos pensadores, hay que observar, empero, que en Sartre la responsabilidad aparece referida al *quehacer*, puesto que él entiende que el hombre se integra en su hacer, en su actuación respecto de sí mismo y de los demás. Mientras que en Heidegger el hacer sería más bien un *desbacer* la existencia, una inautenticación en que el hombre se repliegue todo lo más que pueda en sí mismo, es decir, en la imposibilidad de ser todo lo demás. En su concepto, el hombre está condenado al disfrute de la posibilidad de imposibilitar todo lo que tienda a rebasar la pura ipseidad, el puro sí-mismo (*Ich selbst*); mientras que en Sartre la condena de ser libre está afectada de signo positivo, o sea que se advierte al hom-

(4) J. P. Sartre: *Ibid.*, pp. 33-34.

bre que, so pena de dejar de *ser*, no puede omitir el *hacer*.

3. La moral.

Rigurosamente considerada, la tesis de la libertad en Heidegger cierra toda posibilidad a la moral, cualquiera que esta sea. Pues, en su sentir, toda ética representa un *condescender* a la existencia inauténtica, que es, recordémoslo, el humano empeño de hallar fuera de sí la grandeza y los valores verdaderos, que como existencia no puede poseer. Pero esa falsa trascendencia en que consiste el reputar valioso algo exterior al hombre es consecuencia del afán humano de escapar a la sombría desolación de su ipseidad. No hay, pues, más fin para la auténtica existencia que el que señala el autor de *Ser y Tiempo* en su impresionante frase: *Nur das Freisein für den Tod gibt dem Dasein das Ziel schlechtbin* (Sólo la libertad para la muerte confiere al *Dasein* el fin único a que puede aspirar).⁽⁵⁾

En cuanto a Sartre, no hay duda de que para él la moral no sólo es posible, sino hasta en cierto modo consustancial con la existencia que se va integrando a sí misma en cada caso. Como el arte, la moral es creación e invención. "El hombre se hace; no está todo hecho desde el principio, se hace al elegir su moral, y la presión de las circunstancias es tal, que no puede dejar de elegir una."⁽⁶⁾ Y a causa de esto

(5) M. Heidegger: *Sein und Zeit*, Max Niemeyer, Halle, 1935, p. 384.

(6) J. P. Sartre: *Op. cit.*, p. 69.

se concitan en el hombre la decisión y la responsabilidad, o sea que no sólo ha de elegir en cada caso—porque el *caso* es siempre una elección—, sino que esa elección en que consiste la decisión implica una responsabilidad que es "mucho mayor de lo que podríamos suponer, porque compromete a la humanidad entera"⁽⁷⁾, pues "el hombre que se compromete y que se da cuenta de que es no sólo el que elige ser, sino también un legislador, que elige al mismo tiempo que a sí mismo a la humanidad entera, no puede escapar al sentimiento de su total y profunda responsabilidad".⁽⁸⁾

Hay, por consiguiente, una positividad de la moral en Sartre que falta por completo en Heidegger. Ahora bien, en este último ocupa lugar prominente el grave problema de la llamada "conciencia moral" (*Gewissen*). El *Dasein*, por lo general, se encuentra sumido en el mundo de la cotidianidad, de suerte que su ipseidad, aun cuando no aniquilada, sí se halla reprimida; y en ocasiones—lo cual es posible—eso que hemos dado en llamar "conciencia moral" es estrictamente un despertar del *Dasein* a la conciencia de su situación original, o sea que es una invitación al retorno a nuestras posibilidades de auténtica existencia. Pero, eso sí, esta "voz"—para llamarla de algún modo—no es apelación ni a nada ni a nadie—ni a normas, ni a valores, ni a personas o sentimientos, etc. El que "llama" es simple-

(7) *Ibid.*, p. 24.

(8) *Ibid.*, pp. 24-25.

mente el *Dasein*, que al actuar así se dobla en un otro que el *Dasein* mismo, sin dejar por eso de ser quien es; y a causa de esta dualidad que enfrenta al *Dasein* con algo que, siendo él mismo, le hace parecer extraño, es que dicha llamada luce como algo exterior al *Dasein*—Dios, el deber-ser, los valores, los instintos, etc. La impresión de exterioridad de esta llamada, incluso su *lejanía*, se debe a que esa voz proviene de un *Dasein* muy diferente de aquél que vive la vida cotidiana. Y si, hasta ahora, se había venido postulando la "realidad" de algo exterior al propio *Dasein*—como la "voz de la conciencia"—en la forma de Dios, los valores, etc., ello se debe a la inveterada creencia en el yo como lo que resulta hecho de una sola pieza, como *sustancia* dada de una vez por todas. Pero el único interpelante es el *Dasein* en su *extrañamiento*, el *ser-en-el-mundo originariamente arrojado a éste como un adivenidizo*, el desnudo "que" en la nada del mundo.⁽⁹⁾

Y si la conciencia moral, como la constante apelación a la *condición original del Dasein* es indestructible, ello se debe a que el *Dasein*, recuérdese bien, es un permanente oscilar entre la autenticidad y la inautenticidad del existir. O sea, en definitiva, que el *interpelante* es el *Dasein* en su original desnudez, que se dirige al *Dasein* disperso y sumido en el *Man*, es decir, en

(9) "... ist das *Dasein* in seiner Unheimlichkeit, das ursprüngliche geworfene Inder-Welt-sein als Un-zuhause, das Mackte 'Dass' im Nichts der Welt" (M. Heidegger: *Op. cit.*, pp. 276-277).

el *uno* anónimo e indiscriminado. La conciencia moral es, pues, de acuerdo a la tesis heideggeriana, una invitación que a sí mismo se hace el *Dasein* de aceptar a la vez su desolado origen y su muerte, que es el término inevitable a que está abocada esa desnuda existencia desde sus comienzos.

Finalmente, Heidegger se niega a aceptar eso que, en la concepción vulgar, se denomina la "buena conciencia", que para él es una consecuencia del fariseísmo, ya que nadie está autorizado a expresar que es *bueno*, y mucho menos el justo, pues la conciencia de la situación original—de la caída—que engendra el sentimiento de culpabilidad, impide al *Dasein* creer, mucho menos afirmar, que es bueno. Para Heidegger, en fin de cuentas, la buena conciencia es sólo la evasiva a oír la voz de la conciencia.

4. La angustia.

Es esta una cuestión que trataremos aquí sólo en relación con el problema de la moral, de modo que ensayamos un breve paralelo entre las respectivas concepciones heideggeriana y sartriana de la angustia.

En primer lugar, conviene decir que el concepto de angustia aparece muy relacionado con el problema de la moral, de modo que llega a constituir uno de sus principales componentes, y a este respecto dice el propio Sartre: "El existencialismo suele declarar que el hombre es angustia.

Esto significa que el hombre que se compromete y que se da cuenta de que es no sólo el que elige ser, sino también un legislador, que elige al mismo tiempo que a sí mismo a la humanidad entera, no puede escapar al sentimiento de su profunda y total responsabilidad.”⁽¹⁰⁾

Como se ve, Sartre concibe la angustia como el sentimiento que produce en el hombre la conciencia de que cada una de sus decisiones le afecta no sólo a él, sino también a los otros. O sea que la angustia es para Sartre un estado de ánimo que revela la preocupación por el mundo en cuanto se refiere a la posibilidad de actuar en él, como igualmente por lo que toca a sus resultados. Porque, además—y en esto se aparta Sartre bruscamente de Heidegger—“nunca podemos elegir mal; lo que elegimos es siempre el bien, y nada puede ser bueno para nosotros sin serlo para todos”.⁽¹¹⁾ Lo cual equivale a afirmar que existe una *predeterminación* del mundo en

(10) J. P. Sartre: *Op. cit.*, pp. 25-26.

(11) *Ibid.*, pp. 23-24.

el hombre y recíprocamente, sin la cual ni hay ni puede haber ni existencia ni mundo.

En Heidegger, por el contrario, y como ya se ha apuntado en las páginas de este ensayo dedicadas a comentar su filosofía, la angustia no la produce el mundo concreto de las cosas y los sucesos. Es el mundo como tal, la pura mundanidad (*die Welt als Welt*) la causa de la angustia. Por el contrario de lo que afirma Sartre, para Heidegger la angustia reduce, pulveriza y aventa esas *circunstancias del mundo como tal* que son el mundo del trabajo y el mundo circundante, el de cada cual en el mundo en su estado puro. De modo que la angustia que experimenta el *Dasein* la debe a sí mismo, y tiende, no como en Sartre a procurar una realización de la existencia que nos afecta individual y colectivamente, sino a escapar de ese mundo de la inautenticidad para retornar, en la medida de lo posible, por lo menos al sentimiento de la situación original, que devuelve al hombre su dignidad existencial.

HUMBERTO PIÑERA LLERA.

Notas

EL MISTERIO DE LA PINTURA ESPAÑOLA EN LUIS FERNANDEZ

Cuando, después de haber dejado de mirar la pintura española, se vuelve a estar frente a ella, una impresión inequívoca avisa de que se está ante algo radicalmente diferente de las otras. Algo irreductible, más allá de lo que en arte parece contar más: el estilo. Más allá, por tanto, de cualquier tradición de escuela o de un canon; algo en fin, no explicable por lo que parece decidir la diferencia entre unas escuelas y otras: por la forma.

Ese algo, es sentido inmediatamente como una especie de fidelidad que podría llamarse obstinación y que, tratándose de algo español, no sería la primera vez que así fuera llamado. La obstinación española es la máscara con que la fidelidad se ha presentado ante el mundo.

Fidelidad ¿a qué? Toda fidelidad se manifiesta por ser un confinamiento dentro de unos límites y así, antes de saber a qué se dirija esta fidelidad sorprendemos sus características; las características de toda fidelidad. Fidelidad es limitación; una clase especial de limitación que no se confunde con la pobreza de contenido, ni con la falta de medios. Por el contrario, la fidelidad es la forma de una pobreza espléndida, desbordante de conte-

nido y que produce esa cualidad que entre todas se destaca en la pintura española: la intensidad. Porque quien se aventura más allá de sus propios límites se disuelve y corre el riesgo de disgregarse. No el que se contiene y confina. Que al expresarse, sucede que el espacio que le envuelve apenas existe como tal: aparece tan lleno y cargado que, en lugar de sensación de espacio la da de substancia. La pintura española es, ante todo, substancial. Las cosas no aparecen distribuidas, sino sumergidas en una atmósfera tan material como ellas. Porque otro nombre de la fidelidad es el ensimismamiento.

Ensimismamiento; ensueño profundo de la materia; resistencia. Todo ello es fidelidad y si se mira a través de tantas realizaciones e intentos—sobre ese abismo que separa el momento actual de las artes plásticas de lo anterior—la resistencia adquiere ya un carácter metafísico que roza una mística: es afirmativa supervivencia; supervivencia que anuncia que la palabra final no está dicha y que a pesar de todas las revelaciones, algo permanece en un secreto sagrado cargado de silencio. Si toda la pintura es silenciosa, la española lleva consigo un silencio aun más intenso, más absoluto.

Es el silencio de la tierra, del paisaje de España, que proviene de que, al mismo tiempo que se manifiesta, se oculta. Y

esa, justamente, se nos ocurre que sea la definición de lo plástico. Un paisaje, un objeto, un rostro humano son plásticos cuando al mismo tiempo que ofrece una generosa manifestación que, diríamos en español, "da la cara", guarda y reserva una posibilidad inagotable de manifestaciones: materia que no ha sido enteramente absorbida por una forma y que parece engendrar con no se sabe qué elemento fecundador, una serie de formas posibles que se insinúan, que se presienten. Lo plástico es silencioso: el silencio de algo que no se decide a dejarse revelar.

Es el silencio de España, no revelado aún enteramente por palabra alguna; el silencio de una obstinada fidelidad que persiste a modo de marca sagrada sobre las creaciones auténticas de los llamados a expresarla. Tal es la condición de esta pintura de Luis Fernández, pintor español, cuyos ojos hace tiempo que no se alimentan de aquella luz, de aquella silenciosa plasticidad.

En la pintura de Fernández, esta fidelidad adquiere ya categoría de virtud, pues que ha tenido que traspasar ese estado de inocencia inicial que se goza, cuando el alma y los sentidos se alimentan de su alimento propio. O tal vez, sea la inocencia superior que adviene cuando alma y sentidos, se alimentan de sí mismos; de un alimento sólo sensible para ellos, a la manera de las visiones que gozan algunas figuras maravilladas en los cuadros primitivos italianos; alguien que está absorto en una visión sólo perceptible para

él mientras los que le rodean en nada parecen advertirla; está en otro mundo.

Así Luis Fernández está en otro mundo y más aún, en el centro del suyo desde el cual todo lo que le rodea es visto y hasta absorbido, de acuerdo con esa secreta alquimia capaz de transmutar todos los elementos en ese pan cotidiano, en ese vino único.

Tales cosas no suceden, en verdad, sino cuando se trata de Religión. Fidelidad es una condición, no de la vida moral, por alta que sea su exigencia, sino de la religiosa. Y como en el caso de la pintura española y de su ejemplar manifestación en los cuadros de Luis Fernández, no se trata de que representen siempre—en el caso de Fernández, nunca—escenas de la Religión oficial y ello tampoco lo explicaría. Tendríamos, quizá, que preguntarnos, si la pintura española es religiosa siempre; siempre y aún más cuando no representa ninguna escena proporcionada por una Religión, por otra parte tan rica en plasticidad como la Católica.⁽¹⁾

(1) Mas, no es exacto decir que la Religión Católica sea rica en plasticidad. Ninguna religión puede serlo; es rica en imágenes. Y se puede advertir una diferencia en el comportamiento de la pintura española frente a las imágenes religiosas, en comparación con la italiana, diferencia que lleva toda la ganancia a la italiana. Sería justo que, si la Iglesia hiciera el inventario de sus imágenes, agradeciese más a la pintura italiana que a la española. A ella se le deben la realización progresiva y la fijación clásica, en ese estado de gracia que es la perfección de los grandes temas. La Anunciación, por tomar uno de los de mayor fortuna, ha perseguido a todos los pintores del Cuatrocento hasta ir a cuajarse en esa maravilla que es La Anunciación de Leonardo de Vinci de la Galería de los Uffizi de Florencia. El Ángel comunica el mensaje a la Virgen,

No, lejos de perseguir la pintura española la perfección de una imagen religiosa, la ha dejado en el estado inicial o ha encontrado de golpe y como por gracia, su expresión más pura, como si, por una secreta afinidad, en ese tema religioso, se encontrase un misterio que le era propio. Además de los "tránsitos y resurrecciones" de el Greco, parece haber tres imágenes beneficiadas de esa "descarga" religiosa: La Virgen de la Cueva, de Zurbarán; La Inmaculada de Ribera y el Cristo de Velázquez. Imágenes que han atraído hacia sí por afinidad y coincidencia, todo el poder de la pintura española que ha encontrado que su misterio coincidía con los de la Religión.

Porque la pintura española hace religioso lo que toca, es decir, lo más insignificante de lo que toca.⁽¹⁾ Diríamos que jamás es profana y que, cuando llega a serlo como descubre Malraux en su "Goya", huye atormentada y hasta tormentosamente, para reintegrarse en un viejísimo arte religioso.

como la inteligencia pura al alma igualmente pura. De no verlo, parecería imposible que hubiera sido pintado un suceso del mundo de Plotino. Nada comparable ofrece la pintura española, que ha desarrollado los temas religiosos de modo sólo suficiente, a excepción del pintor cretense que vino en nuestro auxilio con su alma bizantina. Auxilio que condujo a su último límite de esplendor, los temas prefigurados en la pintura española, en su religión propia: la Pentecostés, las Resurrecciones y Asunciones.

(1) Hay la excepción de Velázquez que constituye un verdadero problema dentro del carácter común, persistente de la pintura española. Corresponde a esta pintura profana de Velázquez un espacio que no es ni el espacio sagrado, ni tampoco el meramente físico.

Y yo no he visto ni un solo cuadro profano de Fernández. Mas, como reservamos el nombre de religioso para lo que se deriva de una Religión establecida, diremos mejor, que toda su pintura, ella y hasta sus temas, son sagrados. Lo es ella por su fidelidad a la luz de los misterios, a la luz cálida, entrañable que ilumina y entenebrece todos sus cuadros, hasta los que parecen no tenerla. Cuando la luz no está visible, la misma distribución de los objetos sugiere un interior, hasta llegar al caso de esos frisos que no pueden tener interior, pero que son la superficie pintada de un interior, quizá de un templo. Cuando el templo-cueva no está en la tela de Fernández, la tela es la superficie que reclama ser adherida a esa cueva, donde la luz no será nunca la luz sin más, sino la desigual luz que lucha con la sombra y hasta intima con ella; la luz de los Misterios; la luz prometida a lo más obscuro de nuestra vida: el corazón, las entrañas.

La pintura de Luis Fernández lleva consigo la fidelidad obstinada a la luz original de la Pintura, luz que no es la natural, que no lo será nunca, ni aun en los impresionistas. La luz de la Pintura es la luz prometida, no la encontrada a diario, por grande que sea su esplendor. No la luz que hace visibles las cosas para andar entre ellas y para regalo de una retina ávida. Pues, la vida humana se distingue de las otras, por tener un interior, un interior obscuro, donde yace un secreto que, no puede revelarse bajo la luz natural. Las entrañas, el corazón, son

la metáfora con que el lenguaje común designa desde siempre, esa obscuridad habitada, que aspira a su propia luz. El pintor la logra a veces y entonces, ha realizado el prodigio de una ascensión; el oscuro corazón ha ascendido a ser alma. El alma que no es una cosa, sino un medio donde entran todas las cosas haciéndose, diríamos, verdaderas; trasmutando su anónima condición en verdad. Y es verdad todo lo que nos ofrecen las telas de Luis Fernández. Esta ascensión de las entrañas a la claridad del alma, se ha verificado a través de un camino perceptible, en una apasionante historia que sus cuadros nos revelan. Se puede discernir en esta historia, dos épocas y un tránsito entre ellas, más bien, vemos la continuidad de un camino impuesto por sí mismo, más que pensado, en virtud de ninguna estética. No es un proyecto realizado más o menos afortunadamente, lo que nos ofrece esta pintura, sino el adentramiento progresivo en una realidad que accede por fin, a ser revelada. Las telas más antiguas ofrecen de modo directo, ese mundo oscuro de las entrañas, de la sangre y sus pesadillas, pues el engendro directo de las entrañas es el ensueño. "El sueño de la razón produce monstruos", decía Goya. Pero, el ensueño mismo nace, no de la razón, sino de la obscuridad de un interior no revelado todavía. Su representación pictórica ha de darse, como aquí, en esa falta de espacio; en esa aparición directa, como en los ensueños, como en las obsesiones; son los datos del misterio, la obscuridad en su primer tránsito hacia la

luz; el mundo hermético, sagrado de las entrañas en estado puro. Los tonos violentos se abren paso entre la negrura de una cavidad, donde los ojos no pueden, ni siquiera penetrar. Negro telón de fondo, no de la nada, sino del sér que sostiene a este mundo entrañable.

La pintura de este período de Luis Fernández tiene así el sentido que corresponde al intento profundo de la pintura surrealista: la de ser un descenso a los infiernos del sér, a las oscuras entrañas. Mas, la fidelidad, esa fidelidad a la luz de la pintura española, le ha permitido lograrlo con fuerza inusitada. Su fidelidad le ha dado la fuerza de expresión, de encontrar la luz adecuada a ese mundo entrañable e infernal. Y esa misma fidelidad le hará salir de los infiernos en un movimiento ascensional que va del mundo de las entrañas al mundo del alma, donde aparecen, no las cosas, no el corazón y sus ensueños y su pesadilla, sino sus símbolos, aun más diríamos, sus correspondencias. Aparece, entonces, el espacio y una luz quieta, cuajada, invisible casi, apegada a las cosas. Pues esta pintura, nunca llegará, ni le es necesario, al espacio abierto de la mente, a ese espacio más conceptual que pictórico, donde las cosas entran para ocuparle, dónde tiene lugar lo que se llama "composición", arreglo de unas cosas dentro de un espacio que existe previamente, de una luz dada. Luis Fernández nunca nos dará este género de pintura, ni en los paisajes, donde el espacio resulta simplemente de que unos árboles, un trozo de tierra, una ribera se muestren en una

luz que está allí sólo para revelarles; una luz que es el cumplimiento de esa promesa, que todas las cosas esperan y no sólo el hombre, para completar su sér. Pues, en el espacio físico, conceptual, las cosas aparecen contraídas o distendidas, ocupan más o menos sitio del debido; es el espacio menos plástico del mundo, el espacio profano que corresponde a la Física moderna, donde ya nada tiene su "lugar natural". El espacio del alma ofrece, en cambio, a cada cosa su "lugar natural", no intercambiable; en ese espacio se está en un dentro, abrigado, oculto y aparente a la vez. Estar dentro del alma es haber podido, al fin, salir fuera de las entrañas infernales; haber nacido, sin dejar de estar envuelto, protegido en una intimidad.

Así, ese ternero que ha nacido ya y es visible y sin embargo, reposa cuajado en su sér, sin haber sufrido ese brusco despertar del nacimiento al espacio físico, a ese espacio en que el mundo profano nos obliga a entrar. Esas frutas ensimismadas, pura substancia intacta, en su lugar natural, donde, al fin, se muestran en la integridad de su sér, sin el sobresalto de andar sueltas, mancilladas por haber ingresado en un espacio donde todo es intercambiable, a salvo ya de toda corrupción.

Mas, una ascensión tal desde los más secretos fondos de la materia a ese espacio del alma, tenía que pasar por ese momento crítico en que lo vivo se desvive al borde ya de la muerte. Luis Fernández pintará cebollas, trozos de carne, flores a punto de descomposición, cuando la

forma lograda parece regresar a la materia de donde viniera, en que el infierno se yergue a tomar su presa, evadida tan sólo por una breve hora. Más ahí, la luz de las entrañas infernales arroja su más recóndita promesa: la promesa de resurrección hecha visible en un alma que se desprende de la misma materia casi putrefacta. Secreto el más íntimo de la Pintura española: su vocación de mostrar tránsitos, de hacer entrever la resurrección de la materia, el transcuerpo glorioso⁽¹⁾ de cada cosa: la promesa en vías de cumplimiento.

Tales misterios, la pintura sólo puede entreverlos y la visión perfecta, la presencia total, aparece en esos cuadros blancos, cima del largo camino recorrido desde el infierno de las entrañas. Esta pura quietud de las cosas ya reposadas que se han entrado en sí mismas, estando al mismo tiempo en cada mirada. Blancura,

(1) "Transcuerpo", palabra que el autor no ha visto usada en castellano. Pues aquí se alude a la doctrina católica acerca del "cuerpo glorioso" que adviene tras de la resurrección, a los que se salven. Cada uno recibirá su cuerpo, el suyo, el mismo... mas con las condiciones que jamás alcanza la materia: "Inteligencia y claridad; impassibilidad y sutileza". Cualidades que curiosamente corresponden a la "vida intelectual", en que culminó la esperanza de que es portadora la Filosofía griega: la "impassibilidad" es la virtud suprema de los estoicos; las otras, las condiciones—junto naturalmente con la impassibilidad—de la vida feliz en Plotino. La Iglesia las promete como cualidades del cuerpo mismo resucitado... Y resulta curioso que siempre que se sueña o se entrevea la resurrección aparezca no un cuerpo glorioso, que no es imaginable, ni menos representable, pero sí una especie de transcuerpo, algo que se desprende del cuerpo más no del Todo.

resultado y presencia final en ese espacio del alma donde todo siendo sí mismo vive en perfecta comunión. Blancura en que la negra pintura de España ha encontrado desde siempre su logro, su última palabra, su silencio.

MARÍA ZAMBRANO

París, 2 de noviembre de 1950.

(Con el permiso de "Botteghe Oscure", de Roma.)

ANDRÉ GIDE, ICARO SIN SOL

Hace muchos años, allá por 1892, André Gide escribía en su *Diario*: "La vida de un hombre es su imagen. A la hora de la muerte nos reflejaremos en el pasado, e inclinados sobre el espejo de nuestros actos, nuestras almas comprenderán *lo que somos*. Toda nuestra vida se va en dibujar un imborrable retrato de sí misma. Lo terrible es que no lo sabemos; no pensamos en embellecerla. Pensamos en ello al hablar de nosotros mismos; nos halagamos; pero más tarde ese retrato terrible no será ya un halago de nuestra persona. Repasamos nuestras vidas y nos engañamos; pero nuestra vida no nos mentirá; nos delatará el alma, que estará en presencia de Dios en su habitual postura." Como tantas paradojas, estas páginas reveladoras nos muestran ya desde temprano a un Gide atormentado por el

dualismo del ser o no-ser; a un puritano, que vale recordar que no era católico, angustiado por los mismos problemas morales que rondaban en torno de otros espíritus similares: del Coronel Lawrence, de D. H. Lawrence, o más lejos de Whitman, de William Blake. Pertenecía a esa raza de intelectuales, más que artistas, devorada por la sed de ser; sus tribulaciones lo conducía a la confesión íntima, al secreteo, a la escritura de diarios o de cartas personalísimas. Lo vemos en la tradición de aquellos pastores protestantes que se rebuscaban en el alma, en el corazón, las más hondas repercusiones del mundo y sus diablos; lo oímos delatando las injusticias del sistema colonial francés en el Africa, o en busca de un paraíso social para el hombre esclavizado por la máquina en la Unión Soviética. En este momento de preocupación social nos recuerda a John Woolman, aquel cuáquero inteligente y de fina pluma, que también nos legó un bello *Diario* de sus andanzas entre los indios de Norteamérica y de sus luchas con el espíritu del Mal. Su amor fraternal, su exaltación de la naturaleza y del cuerpo humano, su afán de no excluir hombre o bestia de su paraíso terrenal lo hermana con Walt Whitman; su búsqueda incesante, casi perversa, de la experiencia en el amor y en el dolor nos hace comprender su admiración y afecto por el poeta de *Cantos de Experiencia*. Esa ascendencia puritana de André Gide es lo que hace de su persona y de su obra una cosa extraña, casi

extranjera, dentro del clima cultural de Europa. Su culto de la experiencia y de la naturaleza lo sitúan en una tradición sajona que ha sentido predilección por la poesía panteísta (ahí están *los Alimentos Terrestres*) o por el dilema del hombre vacío que busca su forma de vida con una sinceridad dolorosa. Su excursión al Africa, en busca de experiencias, es similar a la de los escritores norteamericanos actuales, que han hecho de Arabia y del Norte del Africa un campo de exploración de la consciencia. Bajo esa luz cegadora, por su claridad, se han despojado de todas sus viejas costumbres, de sus morales protestantes, burguesas, para hondar en el viejo problema del Bien y del Mal, que fascinaban a sus antepasados desde el teólogo y místico Jonatham Edwards hasta aquellos apasionantes buscadores del corazón humano: Hawthorne y Melville. En este sentido, Gide es precursor, suprema ironía, de la literatura norteamericana contemporánea, que por otro lado él fué uno de los primeros en descubrir y elogiar desmesuradamente. Pero hay una gran diferencia que es menester señalar antes que el lector se vea envuelto en una nube de conclusiones erróneas. André Gide era un francés. Y va está todo dicho para prever y explicar sus enojosas contradicciones. Después de conocer a Wilde, a quien algunos críticos perversos han culpado de su caída, Gide escribía: "Wilde, no me hizo más que mal. En su compañía he perdido la costumbre de pensar. Tengo emociones

más variadas, pero he olvidado cómo poner orden en ellas... Ahora vuelvo, con dificultad pero con gran placer, a mi historia de la filosofía, donde estudio el problema del lenguaje (que empezaré con las obras de Müller y Renan)." ¿Francés? Ahí lo tenemos, al gran cantor de los apetitos, de la sed, de la belleza masculina, del instante, del amor, de todos los alimentos terrestres, nostálgico de su orden perdido, de su pensamiento ordenador, de su buena filosofía del lenguaje. Porque la paradoja en Gide es que al morir nos deja una imagen, pero una imagen incompleta. Si siempre anheló la libertad en la conducta y en el pensamiento era sencillamente porque no quería cerrar ningún camino hacia el paraíso terrestre. Un hombre que escribía: "Nunca puedo llegar a convencerme de que ciertas cosas existan. Siempre me ha parecido que dejan de existir cuando dejo de pensar en ellas...", no puede forjarse una imagen de su vida muy halagadora o convincente. Pensar: existir, términos que contradicen todo el afán de vida personal que Gide anhelaba y buscaba en vano por las ciudades y los desiertos. Hombre escueto, sincero, vacío, y sin embargo dotado de una asombrosa mirada. Así lo vemos, en Sicilia o en Argelia, mirando al prójimo, escrutando sus almas, como los ministros protestantes desde el púlpito, en acecho de un gesto o de una mirada que delate al otro yo—oscuro, peligroso, deliciosamente interesante para el novelista. En esa escena encantadora, por su inge-

nidad, de *El Inmoralista* el protagonista espía en el espejo el robo furtivo de Moktir de unas tijerillas; su reacción es asombrosa: no siente indignación sino una gran alegría. Claro, que Gide nos dice muy bien que la alegría no era otra sino la de verse reflejado en otro corazón, reconocerse en el asesino o en el ladrón, comprender que somos hermanos en el crimen y en el pecado. Así se explica su predilección por la gente baja, los sadistas, los criminales; que nos presentara a personajes como Moktir o Lafcadio en sus novelas. Al mismo hombre que escribe en *El Inmoralista*, obra muy mediocre y poco comprendida, cuando el pequeño árabe Bashir se corta un dedo "...él reía, mostrando el tajo brillante, y se entretuvo en ver correr sangre. (Se entretuvo Gide, también.) Al reír descubría dientes blanquíssimos; lamió complacientemente su herida (*¿no sería un gesto mecánico como nos ha ocurrido a todos de niños al cortarnos? Pero de complacencia para el que mira la escena*); tenía la lengua rosada como un gato (*aquí, el poeta que sucumbió ante las delicadezas de los simbolistas más que el observador cruel*). ¡Ah, qué sano era! Era eso lo que me atraía en él: la salud. La salud de ese cuerpecito era hermosa." Habría que señalar este otro pasaje del otro Gide: "La sociedad de las peores gentes me era deliciosa compañía. Para qué necesitaba comprender mejor su lenguaje, cuando toda mi carne lo saboraba. La brutalidad de la pasión adquiriría aún a

mis ojos un hipócrita aspecto de salud, vigor. Y era en vano repetirme que su vida miserable no podía tener para ellos el sabor que adquiriría para mí..." En vano se lo repetiría Gide. En vano se movió y entre esos los dos dilemas del existir y del pensar; del mirar y no compartir en la vida que lo rodeaba, tan llena de tentaciones y de delicias. Siempre lo vemos retroceder a su chateau en Francia a entregarse a las tareas de la inteligencia cuando se sentía un poco agobiado por el peso de la brutalidad y de la salud *hipócrita*. Porque el puritano que había en Gide, como tantas veces nos lo ha confesado en los *Diarios*, lo llevaba a adorar un Dios. Mas hay que aclarar que ese Dios de Gide tampoco es el que tradicionalmente adoran los protestantes de hoy. Por eso en Gide se da la última y más inconsecuente de las paradojas; que sobrellevando todos los hábitos morales del puritanismo su acto de fe no reconoce ya a un Dios tradicional. Así nos dirá: "Y aquel que sería el único en quien podría yo creer, se halla esparcido en la naturaleza, de suerte que puedo admitir que éste no merece el nombre de Dios. No pide de nosotros la fe, para mostrársenos, sino la atención. Su misterio es tanto más, grande mientras menos hay en él de sobrenatural." Así por un proceso muy diferente, André Gide en el siglo veinte llega a reconciliarse con un Dios semejante al que adoraban los transcendentalistas norteamericanos. Sus palabras podrían muy bien insertarse en una

obra de Emerson o Thoreau, aquellos herederos de una fe puritana secularizada y vaciada de todo verdadero contenido teológico. Con su falta de fe, se explica su predilección por la atención. Toda su obra está impregnada de una inteligencia cruel, agotada por las búsquedas de un alma que ya pertenecía en parte a un Dios olvidado y a la que no tuvo el valor final de declarar muerta. Adoró ante muchos altares, más en ninguno quiso ofrendar su sacrificio supremo.

JOSÉ RODRÍGUEZ FEO

XAVIER VILLAURRUTIA

Conocí a Xavier Villaurrutia hace muchos años. Fué en la época de Ramón López Velarde. Yo empezaba a escribir. Xavier era casi un adolescente. López Velarde frecuentaba la librería *Biblos* (creo que así se llamaba) situada en la calle del 16 de Septiembre. Eran sus propietarios dos buenos hombres: D. Francisco Gamoneda y D. Joaquín Ramírez Cabañas. D. Francisco, a Dios gracias, vive todavía; D. Joaquín murió hace poco. La librería era un centro intelectual. En la trastienda se reunían escritores, artistas y maestros de aquel tiempo, tales como: D. Federico Gamboa, D. Pedro Henríquez Ureña, D. Efrén Rebolledo, D. Luis González Obregón, D. Genaro Estrada, D. Saturnino Herrán y D.

Mateo Herrera. Creo que olvido algunos otros nombres. Desde entonces Xavier apuntaba como un espíritu fino y cortés. Nuestras conversaciones fueron siempre literarias. En nuestras pláticas no solíamos estar de acuerdo. Pienso que, en el fondo, a pesar de estas diferencias, nos estimábamos de corazón. Yo, al menos, llegué a profesarle sincero y hondo afecto. Dejé de verle un tiempo; el tiempo que duró mi estancia en Yucatán en los días de Carranza. Cuando regresé a México, por 1919, volví a encontrarlo. Pronto empecé a leer artículos suyos. El poeta José de J. Núñez y Domínguez le brindó las columnas de *Revista de Revistas* que, entonces, era una publicación de prestigio, abierta a las inquietudes literarias. (Muchos de los escritores modernos de México, se iniciaron en dicha revista. Es una deuda que no ha sido reconocida cumplidamente por la crítica. Nuestros escritores suelen tener mala memoria; y hay favores que sólo se pagan con la ingratitud. Así es la vida. Cuando Jaime Torres Bodet, desde el Departamento de Bibliotecas, de la Secretaría de Educación Pública, en los días de José Vasconcelos, publicó la revista *Falange*, volví a encontrar a Xavier. Su preocupación principal radicaba en la literatura extranjera, particularmente la moderna francesa. Recuerdo que se burlaba un poco de mí porque yo andaba por los "puestos" de libros viejos del Seminario, en busca de antiguas ediciones mexicanas. Un día Xavier me regaló unos volúmenes de *La Linterna*

Mágica de Cuéllar, soberanamente mexicana, diciéndome:

—A mí, la verdad, lo que me interesa de esta obra, son las láminas.

Yo le correspondí con unos tomos de la *Colección Larousse*, de esos que traen retratos y reproducción de firmas y de páginas manuscritas. Quedó encantado.

Después volví a perderlo de vista. Cuando Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano, José y Celestino Gorostiza, Enrique González Rojo y Samuel Ramos, editaron *Contemporáneos*, volví a frecuentarlo. Yo acompañé a Bernardo en la busca de una imprenta adecuada para imprimir la revista. El dibujo de la portada lo hizo Gabriel García Maroto. Al principio la revista la pagó Bernardo Gastelum, jefe del Departamento de Salubridad; después la pagó Genaro Estrada, Secretario de Relaciones Exteriores. Yo formé parte de la redacción fija de la revista. En ella publiqué varios artículos, amén de reseñas de libros. Teníamos un despacho en el tercer piso de la casa número 19, de la calle de Independencia. En este despacho nos reuníamos noche a noche: Bernardo, Xavier, Julio Castellanos y yo. Después de tratar las cosas de la publicación, íbamos a merendar a un café que se llamaba *La Copa de Leche*, en la calle de San Juan de Letrán. Allí se juntaba con nosotros el escritor español Ricardo de Alcázar (Florisel). Nuestras charlas se prolongaban por horas. A estas reuniones solían concurrir, invitados por nosotros, Antonio Mediz Bolio,

Mariano Azuela y Victoriano Salado Alvarez.

Tenía Xavier la conversación más sadada que puede imaginarse. Nunca discutía, pero tampoco nunca estaba del todo de acuerdo con sus oyentes. A las cosas les daba vueltas, más que para descubrirlas para recrearse en ellas. Recuerdo que una noche hablábamos de la poesía de Sor Juana. Xavier la creía culterana, yo conceptista. Dimos razones y ofrecimos ejemplos. Ninguno quedó convencido. Otra vez, Salvador Novo ofreció una fiesta en su casa para celebrar una buena idea que a todos se nos había ocurrido: publicar las *obras completas* de Sor Juana. Yo, previamente, las había copiado y cotejado con todas las ediciones que pude hallar en la Biblioteca Nacional. Labor ímproba que me costó años. Este material lo repartí entre los amigos que asistieron a la fiesta. Xavier fué el único que cumplió con su compromiso. Al cabo de un tiempo publicó, en linda edición, los *Sonetos*, de la monja. En la edición, según me dijo, había puesto, como era justo, mi nombre, pero parece que por un error tipográfico mi nombre desapareció. En las imprentas, todos lo saben, siempre hay un diablo a veces vestido de ángel.

Cuando el grupo *Ulises* hizo teatro en una casa de la calle de Mesones y luego en la sala del *Virginia Fábregas*, frecuenté más a Xavier. Por cierto que en esta ocasión nos sucedió una cosa que no deja de tener su chispa. A la hora de levantar el telón, para la primera función en el

Fábregas, surgió una dificultad sindical. No había permiso. La cosa era terrible. Vino Xavier y me dijo que lo consiguiera. Salí en busca de mis amigos faranduleros, relacionados con estos asuntos. En el foro del teatro *Iris* encontré a Eduardo Pastor, presidente de no sé qué sindicato. Le dije de qué se trataba; él se mostró renuente a dar su permiso; le supliqué, insistí en que no se trataba de ningún negocio sino de un acto cultural. Le hablé de la solidaridad y de la hermandad que debía prevalecer entre los amantes del teatro, qué sé yo que otras cosas le dije. Al fin, creo que, más aburrido que convencido de mi elocuencia, firmó, sobre las rodillas, el permiso consiguiente. Corrí, lleno de contento, al *Fábregas* con mi flamante permiso; pero, al entrar, uno de los muchachos del grupo, muy amable, muy sonriente, me atajó y me dijo:

—Lo siento, amigo Ermilo, pero ya no hay boletos para regalar...

Me aparté y me paré en la puerta del vestíbulo. La gente entraba y salía nerviosa. El público ya empezaba a impacientarse. No se podía levantar el telón. De pronto Xavier apareció desalado y con los brazos abiertos:

—Ermilo, el permiso, ¿tienes, al fin, el permiso?

—Sí, aquí lo traigo firmado...

—¡Bárbaro! ¿Y por qué no entras?

—Pues porque me acaban de decir que no había boletos para mí...

Más tarde cuando trabajé en la Secretaría de Relaciones Exteriores nos reu-

níamos todas las tardes en mi oficina para charlar. Fué cuando lo conocí mejor. Xavier era un hombre dulce, en el fondo muy triste. Yo, con mucha frecuencia soñaba con él. Él se reía de mis ocurrencias y se ponía a dibujar mis sueños. Salíamos juntos y nos íbamos a cernar por ahí, plática que plática, dicho muy a lo mexicano.

Más tarde, en la redacción de *Letras de México* y de *El Hijo Pródigo*, en la calle de Palma número 10, teníamos largas charlas, sobre todo el día en que se juntaban los principales colaboradores: Octavio Barreda (que era mecenas de aquella empresa), José Luis Martínez, María del Carmen Millán, Isaac Rojas Rocillo, Bernardo Jiménez Montellano, Wilberto Cantón y yo. Xavier tomó muy en serio su papel de director de *El Hijo Pródigo*. Pesaba y sobrepesaba cada artículo y medía sus defectos y sus méritos. Casi siempre se decidía por lo mejor o, al menos, por lo que estaba más de acuerdo con sus preferencias literarias. Por este tiempo me designaron mantenedor de unos Juegos Florales, en Jalapa, Veracruz. Lo invité para que viniera conmigo. Aceptó gustosísimo. Hicimos el viaje en tren. Fuimos: Xavier, Alí Chumancero, Isaac Rojas, María Asúnsolo y mi mujer. Las horas que pasamos en el puerto fueron de las más divertidas. En la noche, después de la ceremonia, con reinas, princesas, músicas, aplausos y marchas, fuimos, con el gobernador D. Adolfo Ruiz Cortinez al baile organizado. Xavier estaba con-

tentísimo y bailó como un trompo toda la noche. Ya para este tiempo la obra de Xavier estaba en pleno desarrollo en el camino certero de su perfeccionamiento. Xavier había cultivado todos los géneros: novela, teatro, crítica y poesía. En la novela, para mi gusto, no acertó. No pasó del ensayo; estaban muy cerca en sus escritos la presencia de los modelos: Proust o, más bien, Jarnés. No persistió. A él mismo no le gustaba que se hablara de aquellos sus ejercicios. En el teatro logró, me parece evidente, el dominio de una técnica realizada con insólita sobriedad. No creo, sin embargo, que pueda considerarse su teatro como algo genuino de México. Su teatro da la impresión de ser demasiado intelectual. Le faltó humanidad viva, aunque revelaba algo así como el eco de una humanidad abstracta. Otros dirán que, por *discreto*, fué mexicano. Que con su pan se coman este lugar común. Yo diré siempre que la discreción y la medida no son específicas formas del mexicano sino formas de ciertos temperamentos, que lo mismo pueden darse aquí, en China o en la Malasia. El cuento de la discreción lo puso a rodar Henríquez Ureña al hablar del teatro de Ruiz de Alarcón y la píldora la vienen tragando no sé cuántos. En la crítica Xavier fué más agudo, tuvo más intuición, más certeza. Descubrió valores y fijó normas.

Su crítica, sin embargo, fué más estética que sociológica. Atendió más efectos que causas. Apreció a López Velarde por *lo que logró*, pero no puso atención en las hondísimas raíces que lo movieron. Xavier creyó siempre que lo social enturbiaba la obra estética. Creo que en esto se equivocó. Donde alcanzó mayor categoría fué en la poesía. Su poesía, en efecto, casi no tiene precedente en nuestro medio. Creó una poesía recia, honda, madurada. Allí estaba toda su fuerza subjetiva. La técnica de su poesía vive diluida, impalpable, en su propio concepto. ¡Dichoso Xavier, que logró aglutinar voz y eco, raíz y fruto! Soledad, muerte, angustia fueron temas constantes por sinceros, en su obra poética. Su poesía deja una emoción imborrable. Mucho habrá de escribirse acerca de ella para situarla en su altura y en su definición. Con todo el afán que por lo moderno tuvo Xavier su obra se mantuvo en un tono clásico que le honra. Y es que Xavier hasta cuando juega, juega un juego certero en el que está previsto todo: hasta el suicidio. El retrato suyo que una vez me regaló tiene un soneto que es una linda parodia de aquel otro soneto famoso de Sor Juana. Lo tengo aquí ante mis ojos y me duele el corazón al contemplarlo. Nunca olvidaré a mi amigo.

ERMILO ABREU GÓMEZ

SUSCRIBASE A

ORIGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

La revista donde han colaborado, ya en traducciones, autorizadas por sus autores, ya los mejores escritores nuestros:

GEORGE SANTAYANA, T. S. ELIOT, SAINT JOHN PERSE, JUAN RAMON JIMENEZ, JORGE GUILLEN, WALLACE STEVENS, PEDRO SALINAS, WILLIAM CHARLES WILLIAMS, ALFONSO REYES, JOSE BERGAMIN, F. O. MATTHIESEN, HARRY LEVIN, MACEDONIO FERNANDEZ, KATHERINE ANNIE PORTER, JOSE MORENO VILLA, VICENTE ALEXANDRE, MARIA ZAMBRANO, E. ANDERSON IMBERT, E. ABREU GOMEZ, FRANCISCO AYALA, STEPHEN SPENDER, JOSE REVUELTAS, JOAQUIN CASALDUERO, J. R. WILCOCK, ROGER CAILLOIS, MARIA ROSA LIDA, LUIS CERNUDA, WALTER PACH, OCTAVIO PAZ, S. SERRANO PONCELA.

Con portadas y reproducciones de los mejores pintores

PUBLICADOS 27 NUMEROS

LAS MORADAS

REVISTA DE LAS ARTES Y LAS LETRAS

Director:

EMILIO ADOLFO WESTPHALEN

Dirección:

Apartado 1020, Lima, Perú

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 3 DOLARES

INVENTARIO

Revista trimestral publicada por Fratelli Parenti,
Via XX Settembre 30, Florencia, Italia.

DIRIGEN:

L. BERTI y R. POGGIOLI

Suscripción: \$6 para las Américas.

Agentes: G. E. Stechert & Co.
31 E 10th St., New York City, N. Y.

SUSCRIBASE A LA REVISTA

Sur

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

Presenta los más selectos escritores
San Martín 689, Buenos Aires, Argentina

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

Directora:

NILITA VIENTOS GASTON

Dirección:

DE DIEGO Y LOIZA

Apartado 1142, San Juan, (Puerto Rico)

Subscripción anual \$3.00

Próximamente número homenaje a Goethe

SUSCRIBASE A:

The Sewanee Review

SEWANEE, TENN
U. S. A.

COLABORAN: T. S. Eliot - J. Maritain -
R. P. Blackmor - Allen Tate - Wallace
Stevens, etc.

THE TIGER'S EYE

Editor: RUTH STEPHAN

Art Editor: JOHN STEPHAN

ADDRESS: Stone Legend
WESTPORT, CONN.

Ediciones:

ORIGENES

Publicados:

José Lezama Lima: *Aventuras sigilosas*

Cintio Vitier: *De mi provincia*

Eliseo Diego: *Divertimentos*

Octavio Smith: *Del furtivo destierro*

Fina García Marruz: *Transfiguración de
Jesús en el Monte*

Lorenzo García Vega: *SUITE para la es-
pera*

Cintio Vitier: *Diez poetas cubanos*

Paul Valéry: *La Joven Parca* (Traduc-
ción de M. Brull)

Eliseo Diego: *En la calzada de Jesús del
Monte*

Cintio Vitier: *El Hogar y el Olvido*

José Lezama Lima: *La fijeza*

Justo Rodríguez Santos: *La Belleza que
el Cielo no Amortaja.*

27

EJEMPLAR \$